



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

Maestría en Psicoanálisis con mención en Clínica Psicoanalítica

II Promoción

TÍTULO DE LA TESIS:

“LA TOXICOMANÍA EN LA ÉPOCA DE LA DECLINACIÓN DEL NOMBRE DEL
PADRE. LA DROGA COMO OBJETO DE CONSUMO EN LA ÉPOCA
CAPITALISTA”.

Previa a la obtención del Grado Académico de Magíster en Psicoanálisis con
mención en Clínica Psicoanalítica

ELABORADO POR:

Psicóloga Clínica Diana Ortiz Lau

Guayaquil, a los 30 días del mes de Enero año 2013.



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

CERTIFICACIÓN

Certificamos que el presente trabajo fue realizado en su totalidad por Psicóloga Clínica Diana Ortiz Lau, como requerimiento parcial para la obtención del Grado Académico de Magíster en Psicoanálisis con mención en Clínica Psicoanalítica.

Guayaquil, a los 30 días del mes de Enero año 2013.

DIRECTOR DE TESIS:

Dr. Fabián Abraham Naparstek

REVISORES:

Dra. Piedad Ortega de Spurrier, MGS.
REVISORA DE CONTENIDO

Dra. María Auxiliadora Egas Miraglia, MGS.
REVISORA METODOLOGICA

DIRECTORA DE LA MAESTRIA:

Dra. Nora Guerrero de Medina, MGS.



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

DECLARACIÓN DE RESPONSABILIDAD

YO, Psicóloga Clínica Diana Ortiz Lau

DECLARO QUE:

La Tesis “LA TOXICOMANÍA EN LA ÉPOCA DE LA DECLINACIÓN DEL NOMBRE DEL PADRE. LA DROGA COMO OBJETO DE CONSUMO EN LA ÉPOCA CAPITALISTA” previa a la obtención del Grado Académico de Magíster, ha sido desarrollada en base a una investigación exhaustiva, respetando derechos intelectuales de terceros conforme las citas que constan al pie de las páginas correspondientes, cuyas fuentes se incorporan en la bibliografía. Consecuentemente este trabajo es de mi total autoría.

En virtud de esta declaración, me responsabilizo del contenido, veracidad y alcance científico de la tesis del Grado Académico en mención.

Guayaquil, a los 30 días del mes de Enero año 2013.

EL AUTOR

Psicóloga Clínica Diana Ortiz Lau



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

AUTORIZACIÓN

YO, Psicóloga Clínica Diana Ortiz Lau

Autorizo a la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, la publicación en la biblioteca de la institución de la Tesis de Maestría titulada: “LA TOXICOMANÍA EN LA ÉPOCA DE LA DECLINACIÓN DEL NOMBRE DEL PADRE. LA DROGA COMO OBJETO DE CONSUMO EN LA ÉPOCA CAPITALISTA”, cuyo contenido, ideas y criterios son de mi exclusiva responsabilidad y total autoría.

Guayaquil, a los 30 días del mes de Enero año 2013.

EL AUTOR

Psicóloga Clínica Diana Ortiz Lau

ÍNDICE

Resumen	3
Introducción	4
<i>Capítulo I: El objeto droga.</i>	8
1.1. Antecedentes en el uso de drogas.	8
1.2. La toxicomanía en relación a la época: visión psicoanalítica.	20
<i>Capítulo II.</i>	23
2.1. Breve lectura de las toxicomanías desde el punto de vista del psicoanálisis.	23
2.2. La droga: su uso y función posible en la Neurosis y Psicosis.	28
2.2.1. Neurosis	30
2.2.2. Psicosis.	34
2.3. La caída del nombre del padre y sus repercusiones en las toxicomanías.	38
2.3.1. Los Nombres del Padre.	38
2.3.2. La caída del nombre del padre y sus repercusiones en la adicción a las drogas.	40

2.4. El Discurso capitalista y el tóxico	46
2.5. El objeto plus de goce.	49
<i>Capítulo III. Posibilidades de tratamiento desde el psicoanálisis en la toxicomanía.</i>	61
3.1. ¿Que ofrece el psicoanálisis a la clínica de las adicciones?	61
3.2. Presentación de un caso clínico.	65
Conclusiones	75
Referencias Bibliográficas	80

Resumen

El psicoanálisis ofrece la posibilidad de pasar de la positividad muda del goce toxicómano a confrontar al sujeto con su deseo, y esto no es posible sino hasta que el sujeto se da cuenta de que hay una falta en el saber como causa de su padecimiento, que va más allá de las drogas. Esa es la suposición de la que partimos: hay un drama subjetivo que está más allá de las drogas. La droga viene a responder a este drama, como solución. La droga es una respuesta disponible en nuestra época, una respuesta a la cuestión del sujeto, es decir a la falta en ser del sujeto.

En nuestra época ya nadie cree en la autoridad, no hay autoridad, las autoridades son irrisorias, nuestra época eclipsa la autoridad, es la caída de los ideales y el capitalismo de nuestra época es la que empuja al consumo, hay un imperativo promovido por el capitalismo que parece decir “todos a consumir” todos pueden tenerlo todo, un para todos sin límites. Para el discurso capitalista no hay nada imposible, vende la idea de que de todo es posible gozar, es decir no funciona el límite de la castración.

Nuestra época surge en un momento en el cual se ha creído que liberarse de la prohibición era una solución al goce, este es el gran engaño contemporáneo; busca la satisfacción, vía el hedonismo y serás feliz. Si se emancipa de las prohibiciones, puede el sujeto gozar sin fallo, puede gozar plenamente, pero cuando el sujeto se libera de la prohibición, encuentra lo imposible. La prohibición nos protege de lo imposible en tanto que ésta búsqueda nos arroja al vacío y en la búsqueda de más y más y más, creyendo que con un poco más se va alcanzar esa satisfacción mítica, esa búsqueda de un plus de goce que podría resolver la falla del goce a través de un cortocircuito con el objeto tóxico. No hay un límite en lo imposible, hay que frenar el creer posible lo imposible ya que el límite nos protege del goce mortífero. Cuando el sujeto va en busca de lo imposible se destruye de las peores maneras, se entrega a la pulsión de muerte, en el empuje al goce el sujeto con el tóxico destruye su organismo.

Palabras claves: *Toxicomanía, declinación, capitalismo, drogas, goce.*

Introducción

Los últimos informes presentados por la Organización Mundial de la Salud (OMS), advierten sobre el gran peligro que representa el creciente del consumo generalizado de diferentes fármacos y sustancias, destinadas a modificar el estado físico o anímico del sujeto. Estas sustancias, que son utilizadas de forma espontánea por los individuos, a manera de automedicación, solo podrían ser indicadas por profesionales de la salud, ya que son ellos quienes conocen los alcances, beneficios y contraindicaciones que se desprenden de su uso. En el caso de las drogas prohibidas por la ley, su uso terapéutico es nulo o pueden acarrear más consecuencias negativas que positivas.

En el toxicómano la dependencia psíquica es muy fuerte, más que la dependencia física, puesto que la utilización de las sustancias nocivas hacen que el sujeto sosiegue su angustia momentáneamente, pero al pasar el efecto, la necesidad se incrementa y hace que viva con desasosiego continuo.

Desde hace milenios la humanidad ha utilizado e ingerido sustancias para modificar su estado psicofísico y la manera en que percibe su realidad circundante. Tal costumbre centra su origen en las prácticas ligadas al animatismo, animismo y totemismo, es decir dentro de una connotación mágico-religiosa. Pero la perspectiva cambia cuando se habla del uso de las drogas en las sociedades capitalistas: la cultura impuesta incide en la formación de los síntomas actuales vinculados al lenguaje, lo cual a su vez incide directamente en el sujeto. Con la declinación de la función paterna, los parámetros del capitalismo imponen en primer plano el objeto plus de goce, y es en este marco donde la droga es el objeto por excelencia, aunque paradójicamente, la misma cultura que lo promueve, también lo sanciona y segrega.

Portillo (2005) denomina síntomas "actuales" o "nuevos" a lo que constituye un desafío para el psicoanálisis en la medida en que vienen a mostrar los límites de la práctica analítica bajo transferencia.

Tales límites se aprecian en tanto se presentan de entrada como contrarios a lo que se denomina síntomas freudianos. Ahora bien, los síntomas freudianos se presentan articulados a un sentido inconsciente susceptible de descifrar, sentido enmarcado en el discurso del Otro -sostenido por el Nombre del Padre-. Los síntomas contemporáneos surgen como un rechazo al Otro, es decir al Otro del saber, lo que constituyen escape de goce refractario a toda dimensión del sentido. (Portillo R, 2005)

Nos encontramos en una época donde las patologías develan la presencia de un real sin ley, excluido del saber del inconsciente, que se manifiesta bajo la forma de consumo y adicciones en general. Así, las emergencias diversas de lo real o la búsqueda incesante de encontrar satisfacción para la pulsión de muerte a través de la práctica de actividades donde se pone en riesgo la vida, implica examinar la cuestión que se impone a partir de la declinación del Ideal, sello característico de los tiempos actuales.

Según Lacan, J. (1969-1970) la exigencia creciente del goce por parte del hablante-ser, hace referencia a la posición del psicoanálisis frente a la adicción a las drogas, porque se presenta como un rechazo al saber inconsciente. (Lacan, J. p. 35)

En la actualidad el individuo vive inmerso dentro de los parámetros de una sociedad de consumo, en la cual el discurso capitalista y la globalización son algunas de las causas de la caída de los ideales y los patrones tradicionales. En este contexto, la existencia de necesidades banales, creadas con productos que ofrecen la satisfacción inmediata, dejan al sujeto sin velo (despojado de cualquier semblante).

Una explicación válida a esta cuestión es la de Aksenchuk (2008):

Los grandes cambios operados por los procesos de globalización, de lo que se ha dado en llamar posmodernismo, han transformado el espacio simbólico cultural donde la subjetividad se estructura y se conforma en función de su propia dimensión existencial, ética y social. Esta radicalización de las consecuencias de la modernidad tardía engendra una nueva sociabilidad que depende del mercado, en razón del violento avance de las posiciones neoliberales a partir de la reestructuración de la economía.

Mientras que el capitalismo se expande en el planeta, la personalidad de los individuos se fragmenta y pierde los elementos de referencia, integración y protección social. Los individuos se encuentran así ante un futuro incierto: llenos de desolación, desilusión, divididos, se sienten solitarios, incluso enfrentados y sin una identidad clara. Esto lleva a fenómenos vivenciales de carácter regresivo con el retorno de los mecanismos de integración comunitarios en detrimento de los societarios. Frente a esta realidad, el interrogante principal que plantea la investigación es el siguiente: ¿De qué manera la

declinación de la autoridad paterna se relaciona con la drogadicción? En tanto que el problema específico planteado es: ¿Cómo se relacionan las distintas estructuras clínicas con el objeto droga? y ¿De qué forma los riesgos de la modernidad, desde la cultura del consumismo, se relacionan con la adicción a drogas?

La investigación tiene como método el hipotético-deductivo, que consiste en emitir hipótesis acerca de las posibles soluciones al problema planteado y en comprobar con los datos disponibles si estos están de acuerdo con ellas (Cegarra, 2004). En otras palabras, el método hipotético-deductivo o de contrastación de hipótesis no plantea, en principio, problema alguno, puesto que su validez depende de los resultados de la propia contrastación.

Este método se suele utilizar para mejorar o precisar teorías previas en función de nuevos conocimientos, donde la complejidad del modelo no permite formulaciones lógicas. Por lo tanto, tiene un carácter predominantemente intuitivo y necesita la contrastación de sus conclusiones, no sólo para ser rechazado sino también para imponer su validez.

CAPÍTULO 1: El objeto droga

1.1. Antecedentes en el uso de drogas.

La definición de la palabra “droga”, según el diccionario de la Real Academia Española (2009), es la siguiente: *Sustancia mineral, vegetal o animal, que se emplea en la medicina, en la industria o en las bellas artes / Sustancia o preparado medicamentoso de efecto estimulante, deprimente, narcótico o alucinógeno.*

Según la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2004) droga es toda sustancia que introducida en un organismo vivo por cualquier vía (inhalación, ingestión, intramuscular, endovenosa), es capaz de actuar sobre el sistema nervioso central, provocando una alteración física y/o psicológica, la experimentación de nuevas sensaciones o la modificación de un estado psíquico.

A través de la historia, en las diversas culturas y civilizaciones, el hombre se enfrentó al uso y abuso de las drogas. La utilización de sustancias se relacionó con los aspectos mágicos, religiosos, medicinales y placenteros, y estas prácticas quedaron plasmadas en diferentes testimonios hallados en fuentes orales, monumentales y escritas.

Las drogas han cambiado junto a su utilización y también los tiempos han cambiado. Unas veces, el hombre buscó en ellas la nutrición física o la cura para sus enfermedades, otras, alcanzar un conocimiento trascendente o una conexión

con los sueños. Han utilizado las drogas para influenciar el humor, experimentar la paz o la excitación, o simplemente para abstraerse del mundo que lo rodea y lo perturba en cierto momento de su existencia.

Señala Escotado, A (1996) “(...) nuestra civilización sufre a causa de plantas, cuya existencia se remonta a tiempos inmemorables y cuyas respectivas virtudes fueron explotadas a fondo por todas las grandes culturas”(p.13)

Investigaciones multidisciplinares plantean que en todo grupo humano se ha detectado, de una u otra manera, el uso de psicofármacos. Lo fundamental en este caso es el efecto de toxicidad que ocasiona la sustancia en el cuerpo, puesto que no hay droga inocua, y su relación del sujeto con la misma. Desde los griegos de la antigüedad se tiene noticias del término *phármakon*, término que se utilizaba para nombrar tanto a las drogas como a los medicamentos. Además, la palabra *phármakon* tenía variados significados, tales como "remedio", "cura", "veneno", "antídoto", "droga", "receta", "colorante artificial" o "pintura".

Brau (1974) en su *Historia de la Droga*, al referirse al *phármakon*, señala:

En su naturaleza está el curar amenazando al organismo, como cura el fuego una herida al desinfectarla, o como soluciona alguna patología el bisturí de un cirujano. Lo esencial en cada una es la proporción entre dosis activa y dosis letal, pues sólo la cantidad distingue al remedio del veneno. (p.18)

En la cultura greco-latina de la antigüedad, se registran varias descripciones sobre el uso de drogas entre la clase aristocrática. Una de ellas, relata que al

llegar a Esparta el hijo de Ulises, Telémaco, asiste a un banquete ofrecido por Menelao y en el narra a los comensales las desdichas que padece su padre. Esta situación sume a todos en la tristeza, por lo que Helena ordena que sirvan a los presentes un brebaje que había recibido de la egipcia Polidamna. Al poco rato, dice Escohotado, A. (2007) citando a Homero que, "el nepente (planta asiática, cuyas hojas encierran un líquido dulce), bebida que produce olvido del dolor y del infortunio, transformaron la tristeza en júbilo entre todos los homenajeados" (p.78). Otro ejemplo es el culto a Perséfone que se celebran en el Eleusis, cerca de Atenas, en la antigua Grecia. De todos los ritos celebrados en la antigüedad, estos eran considerados los de mayor importancia porque se consumía los enteógenos (sustancia vegetal que cuando se ingiere es habitual que se duerma poco pero que, después, se sienta despierto, relajado y bien); y también, el de Dionisio; inspirador de la locura ritual y el éxtasis producido por la ingesta de vino.

En otro contexto, al referir la mayor hegemonía del mundo romano sobre los territorios que lo rodeaban, Brau. Jean (1970) indica "(...) están en boga los envenenadores hechiceros fabricantes de filtros y se usan las drogas en todos los países, tanto para fines médicos como mágicos" (p. 17).

En efecto, según Escohotado, A, (1996), "Droga es una palabra indiferente, donde caben tanto lo que sirve para matar como lo que sirve para curar" (p. 31), estableciéndose una dicotomía de lo permitido y lo prohibido, es decir de lo lícito o ilícito. Tal el caso de la aplicación sancionadora de la Ley Cornelia, que pone límites al uso de las drogas, y que estuvo vigente desde tiempos republicanos hasta el final de estos imperios.

Entonces, frente a este dilema, surge el interrogante de si el problema es la sustancia, o la relación que el sujeto establece con la misma. Por ejemplo, el vino que era utilizado en los banquetes griegos y romanos donde se realizaban fiestas orgiásticas en las cuales las mujeres se inspiraban al calor de esta bebida. En las Bacantes (o Báquides) tragedia de Eurípides (409 a. C.), en uno de sus párrafos dice: “¿Crees que puede a las mujeres tornar impúdicas? ¡No lo hace el dios!, cada uno por si mismo va a lo vedado. Y ellas si castas son, aún en las danzas báquicas, jamás pierden el discreto orden.” (Naparstek, p. 14). Es así como las mujeres que se encontraban en la fiesta eran tomadas por los varones, quienes eran los que ponían límite en el consumo de las bebidas que les generaba euforia y sensación de placentera. En época anterior, Plutarco (historiador, biógrafo y ensayista griego), se refería a la borrachera y las necesidades dichas en ella: “...la culpa no la tiene la bebida, ya que alguien puede beber y al mismo tiempo contener la lengua. Las sandeces proferidas son aquello que convierte la ebriedad (methe) en borrachera (léresis).” (Eschotado, p. 211).

Por otro lado, el objeto de polémica era hasta que punto beber y al mismo tiempo contener la lengua. Los epicúreos y peripatéticos consideraban imposible guardar la cordura más allá de ciertas dosis, sin embargo, los platónicos, los estoicos y hasta los cínicos, defendían ardorosamente que los sabios podían beber ilimitadamente hasta caer dormidos, antes de verse llevados a cualquier necesidad.

Desde la perspectiva de la religión, tanto los dogmas escritos y las castas sacerdotales, se vinculan con el consumo de determinadas sustancia “psicoactivas” (introducidas en el cuerpo tienen efectos de alucinaciones visuales, auditivas y verbales) con la finalidad, según ellos de poder tener la

capacidad de interpretar la voluntad de los dioses. Según Rodiles (1999), manifiesta “Desde la vida de Noé hasta la consagración de la sangre de Cristo. Era el año de 2,800 Antes de Cristo, después de que hubo ocurrido el diluvio, cuando Dios le habló a Noé, ordenándole salir del arca y le dijo: "Y me acordaré del pacto mío, que hay entre mí y vosotros y no habrá más diluvio de aguas." (Génesis: 9.15); y tuvo Noé tres hijos: Sem, Cam y Jafet; y Cam es el padre de Canaán. Después comenzó Noé a labrar la tierra, y plantó una viña; y bebió del vino y se embriagó y estaba desnudo en medio de su tienda, y cambió la desnudez de su padre, y les dijo a sus dos hermanos que estaban afuera. Entonces Sem y Jafet tomaron la ropa y cubrieron la desnudez de su padre, teniendo vueltos sus rostros y así no vieron la desnudez de su padre y despertó Noé de su embriaguez y supo lo que había hecho su hijo menor y lo maldijo y lo hizo siervo de Sem y Jafet.

Además, se ha mencionado que en los ritos iniciáticos antiguos de tipo extático y orgiástico, y que perviven como parte del protocolo de las sociedades secretas, se consumían un tipo de hongos mezclados en potingue sagrado llamado Kykeon, con el que se experimentaban temblores, vértigo, sudor helado, y una visión que hacía parecer todo lo antes visto como ceguera, una sensación de sorpresa y maravilla ante una brillantez que causaba un profundo silencio.

En el Budismo, el consumo de sustancias está muy presente desde el comienzo: Buda utiliza el cáñamo que hoy conocemos comúnmente como marihuana para lograr un nivel elevado de conciencia a través de la meditación y el ayuno.

En la cultura judío cristiana, el tema del consumo del alcohol está presente de distintas formas. Por un lado previene del estado de ebriedad, pero en otras ocasiones lo recomienda como un analgésico. El vino es celebrado en el Salmo 104, en el que “regocija el corazón del hombre” donde los Judíos pueden inspirar una alegría deseable, signo de sabiduría, como un modo de destacar su santidad.

De igual manera, en el Hinduismo está presente nuevamente el cáñamo en los primeros escritos de Vedas, donde dice “Hemos bebido Soma, nos hemos hecho inmortales, llegado a la luz, hemos hallado a los dioses”. (Rig Veda)

En América, en la cultura aborígen, (Incas, Aztecas, Mayas, Olmecas y diversos pueblos amazónicos) el consumo de ciertas sustancias está fuertemente ligado a ritos religiosos de iniciación, revelaciones, profecías, contacto directo con los dioses y viajes a otros planos más elevados. Es decir, algunas drogas han sido utilizadas como puente entre el hombre y sus divinidades, pero estas experiencias no eran simples ritos circunstanciales sino que eran el centro de la verdadera experiencia religiosa, lo que justificaba la existencia del culto y el uso de sustancias que alteraran el estado de conciencia. La religión, la medicina y la brujería se hallaban íntimamente unidas en los pueblos primitivos, por lo que no debe sorprender que drogas y brebajes hayan sido condenados por la iglesia como instrumentos demoniacos.

Siguiendo tal razonamiento Naparstek (2008) comenta, “A raíz de la fundación de colonias inglesas y francesas en Oriente, las drogas se difunden en Europa en forma de comedores y fumadores de opio” (p. 9). Tanto se extiende su consumo por todo el territorio, que se hace necesario importarla de China para atender la creciente demanda. Más tarde, cuando es prohibido su consumo en

aquel país de Oriente, pasa a ser un negocio clandestino entre los traficantes y los ingleses.

Los chinos sólo habían utilizado la adormidera con fines medicinales, pero en el siglo XVI los árabes les transmitieron el arte de escarificar las cápsulas de amapola y con ello, el uso recreativo del opio. La costumbre se volvió tan popular que las grandes importaciones de adormidera terminarían desequilibrando las prósperas finanzas chinas por primera vez en su historia.

Jean Louis Brau (1974) señala que “La introducción del opio en China multiplico los casos de toxicomanías, lo que en 1729 movió al emperador Yong-Tcheng a promulgar un edicto prohibiendo la importación de la droga (p. 31)”. No obstante, el jugo de adormidera fue introducido clandestinamente por los portugueses de Goa, y luego, a partir de 1773, por la compañía inglesa de las Indias Orientales, la cual hizo que le concedieran el monopolio exclusivo e incrementó considerablemente el tráfico, pese a un segundo edicto 1796.

El emperador Yong-Tcheng, viendo que le era imposible impedir la entrada ilegal del opio, prefirió tratar con los ingleses y establecer un pacto en el cual la cuantía de las importaciones debía de ser compensada con los ingresos de la exportación de té. Los ingleses no hicieron gran caso de los acuerdos, puesto que el opio de alijo, según Jean Louis Brau. “... era trocado a lo largo de las costas chinas por lingotes de oro o de plata y obras de arte antiguas, ya que éstas empezaban a estar en boga en Europa” (p 36).

A pesar encontrarse prohibido por las leyes chinas, el tráfico del opio en aquel país fue perseguido y monopolizado por los ingleses desde 1799 hasta 1834.

La primera Guerra del Opio (1838-1842) tuvo lugar entre Gran Bretaña y China. Lin Zexu, uno de los más firmes partidarios de la prohibición del opio, es enviado a Cantón para poder detener el tráfico, sin embargo los narcotraficantes ya habían buscado las diversas maneras para poder ingresar el opio por territorio Chino. Comenta Ceinos (2006):

En otras ocasiones los barcos contrabandistas se dirigen a otros puertos de la costa más norte, donde, en colusión con las corruptas autoridades locales que se enriquecen con dicho comercio, lo descargan abiertamente, especialmente desde el fin del monopolio comercial de la compañía de las Indias Orientales.(p. 281).

En 1839, Liz Zexu pone fin al tráfico de opio: ordena la detención de los traficantes, castigan a los oficiales corruptos e incinera las embarcaciones de opio extranjeras. Como represalia, el gobierno británico envía tropas e invade gran parte de los puertos. Esto da comienzo a una primera guerra, que terminaría con la firma del tratado Nanjing, por parte del gobierno Chino, y en el cual se obtuvo la cesión de Hong-Kong y la apertura al comercio inglés de cinco ciudades chinas.

En la segunda Guerra del Opio (1857-1860), Gran Bretaña y Francia se enfrentaron a China. Con el bombardeo de británicos a la ciudad de Catón, era la resistencia mostrada durante la primera Guerra del Opio al establecimiento de los británicos tras el Tratado de Nanjing. La industria y la artesanía china quedan al borde del colapso, los impuestos se vuelven cada vez más elevados, y la gente emigra de las ciudades. Los cálculos sobre el número de fumadores de opio en

China en esa época oscilan entre 100 y 150 millones, de los que aproximadamente un 10% podían tener una fuerte adicción al opio.

En 1883, John King menciona que “Los que favorecen el uso del opio sostienen que fumar esta droga no es peor que beber ginebra o whisky” (p. 268). Sin embargo, en 1890, se consideró un problema el abuso indebido de esta sustancia. El gobierno estadounidense organiza una conferencia en Shanghái con la finalidad de ayudar a China en su guerra contra el opio. Asisten 13 países. Turquía, el primer productor, no va, y Persia envía como delegado a un mercader de opio. Estados Unidos propone controlar el fármaco, Inglaterra se opone, mientras el resto de los delegados europeos no logran entender que el más antiguo y extendido remedio para tantas afecciones se haya vuelto maligno e inmoral.

A través de la historia, las drogas y la brujería han estado fuertemente vinculadas. Según los investigadores del siglo XVIII hasta los positivistas del siglo XIX, fue de buena tendencia a desestimar tanto la existencia de poderes paranormales como la realidad de la brujería. Sin embargo no es desestimada por algunos como Marcelin Berthelot a Henri Poincaré y los racionalistas contemporáneos establecen que en el estado actual de la ciencia no sea posible negar el diablo en su historicidad, aunque la demonología recurre hoy a la neuropsiquiatría, al psicoanálisis y al conocimiento de las drogas alucinógenas.

Algunos historiadores han emitido la hipótesis de que la brujería era la supervivencia de cultos anteriores al cristianismo y a las religiones de la antigüedad

Jean-Louis Brau afirma que “la casi totalidad de las prácticas satánicas y de los actos de brujerías era debida al uso de drogas tóxicas” (pág. 67). El filósofo epicúreo y astrónomo Pedro Gassedi (1592-1655) encontró un día, en el camino de Chartres a un grupo de aldeanos que conducían al prebostazgo a un brujo acusado de tomar parte en aquelarres diabólicos. Gassedi le prometió la libertad a cambio de sus secretos. Entonces el brujo se tragó una bolita de unguento y ofreció otra al filósofo, el cual se guardo muy bien de imitarle. Pocos minutos después, el hombre cayó en un sueño agitado que duró toda la noche, al despertar pregunto cómo le había recibo el macho cabrío.

Escohotado (1998) comenta:

La cocina de las brujas, se ha convertido en innumerables ilustraciones que narran la corrupción de jóvenes, perdidas por su insensata curiosidad. Buena parte de ellas representan a la variable droga en cuestión, como un monstruo oscuro y gigantesco con perfiles de dragón, que se cierne sobre incautos. (p. 1128).

La farmacopea diabólica recurría a las hiero-botanas, plantas adivinatorias, que hoy se conocen como alcaloides. Las plantas citadas con mayor frecuencia en los antiguos libros mágicos de hechicería son las solanáceas y las umbelíferas. La hechicería, la magia y la brujería han estado vinculadas desde un inicio con todo tipo de droga y el uso que les han dado, provoco la represión de este tipo de actividades en la que se mezclan motivos de tipo religioso y político.

En Alemania, el incremento de la toxicomanía reflejaba la tensión de situaciones sociales o políticas particulares durante los años que siguieron a la guerra 1870 y en toda Europa antes de la gran guerra. La crisis financiara en

Estados Unidos, aumento el número de los toxicómanos. En Francia, en el Frente Popular, cuando la burguesía sentía próximo su fin, no se contaban ya la cantidad de cocainómanos y morfinómanos.

El liberalismo está muy presente en los Estados Unidos desde el comienzo del siglo pasado. Este sistema filosófico, político, económico, cultural se fundamenta principalmente en la democracia y promueve los derechos. Esto, sumado al *laissez faire* donde cada cual hace lo que quiere y a que la cultura se vuelve “tolerante” frente a las decisiones individuales, permite al sujeto relacionarse libremente, entre otras cosas con las sustancias.

Los últimos años de la década del 60, comenzó un movimiento muy particular que fue conocido como “movimiento hippie”. Este movimiento se caracterizó por la anarquía no violenta, por la preocupación por el medio ambiente y por un rechazo general al materialismo occidental. Los hippies formaron una cultura contestataria y antibelicista, decidieron retirarse de una sociedad a la que condenaban por su actitud cómoda, conservadora e hipócrita.

Comenzaron, entonces, a reunirse en comunas, constituidas como organizaciones libres y sin jerarquías, en total contraposición de lo que pasaba en la sociedad burguesa. Aquí las drogas comienzan a tener un lugar fundamental, y se dan acercamientos de estas comunas con culturas indígenas que eran ya fuertes consumidores de sustancias psicoactivas ligadas íntimamente a sus prácticas religiosas.

La creación de la Organización Mundial de la Salud (OMS) en 1946 también contribuyó a la unificación de la visión del tema. Este período fue uno de los más tranquilos y la importancia del consumo de drogas se redujo a escala

mundial. El objetivo de modernizar y unificar los tratados internacionales sobre sustancias restringidas, fue firmado en Nueva York: la Convención Única sobre estupefacientes de 1961. En este convenio se reconoce la necesidad de la utilización de las drogas con fines médicos y también la necesidad de controlar el uso de estas sustancias, debido a la gravedad de las toxicomanías en el orden personal del consumidor y de su peligro social para la humanidad.

En 1971, con el auspicio de Naciones Unidas, y con la finalidad de actualizar las reglas al respecto debido al aumento del consumo mundial, fue celebrada en Viena la Conferencia sobre sustancias psicoterapéuticas. El convenio firmado en el encuentro dictaba normas tendentes a controlar y fiscalizar la producción y distribución de los fármacos.

En el 2010 el informe Mundial de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, (UNDOC), por sus siglas en inglés, observó un cambio al consumo de nuevas drogas y el vínculo hacia un nuevo mercado: un aumento del consumo de drogas en los países en desarrollo y del uso indebido, cada vez más difundido, de estimulantes de tipo anfetamínico (ETA) y de medicamentos de venta con receta en todo el mundo.

1.2. La toxicomanía en relación a la época: visión psicoanalítica.

Desde la teoría psicoanalítica se entiende que el toxicómano deviene como un signo que define la época. Época actual que invita a pensar más allá de esta práctica de goce, por lo que podemos citar a Sinatra (2000) “El empuje a la toxicomanía generalizada- que localizamos como caracterizado a nuestra actualidad, encuentra su complemento ideal en el empuje al olvido”. Empuje desenfrenado, donde cada ser hablante encontrará su propio modo de arreglárselas con relación a sus necesidades de inmediatez placenteras. Algunos habitan este mundo como si estuvieran subordinados a un goce sin límites, sin freno, a un empuje o compulsión mortífera y estragante. En este contexto, la ruptura y destrucción de los lazos sociales es evidente.

Observamos cierta oferta de goce ilimitado, ligada a los objetos de consumo, *gadgets* cuya principal característica es carecer de utilidad y ser por lo tanto descartables y fácilmente sustituibles. La paradoja es que el sujeto queda sumido en la soledad de un goce ligado al consumo de estos objetos y al mismo tiempo con la ilusión de “pertenecer”, aunque nunca queda muy en claro a donde. Esto no implica un lazo social basado en una identificación simbólica, sino más bien un fenómeno de imitación (todos con la misma ropa, el mismo corte de pelo, etc.) que se juega en el nivel de la imagen.

Podríamos ubicar al toxicómano como paradigma del consumidor contemporáneo. Como plantea Naporstek (2008) “Se trata de la toxicomanía generalizada, como un modo único y globalizado. Es el tiempo del consumo generalizado como supuesta y única respuesta al malestar” (p. 26). La

toxicomanía da cuenta de un tipo de consumo que está por fuera de todo lazo con el Otro, constituyendo más bien un goce autista.

No se trata de un síntoma en el sentido psicoanalítico del término. El toxicómano no se interroga en relación a su modo de goce. Tampoco aparece la vergüenza, como índice de división subjetiva. ¿No sucede algo de esto en los grandes centros comerciales, donde todos se exhiben con sus bolsas plagadas de artículos innecesarios y caducos pero siempre a la moda? Allí donde cualquier falta aparece taponada por los objetos de consumo, por el consumir constante, el sujeto-sujetado a los *gadgets*, fascinado por el objeto, termina él mismo consumido.

Éste paso por el imaginario del sujeto, atrapado en la red de los bienes de consumo y de las nuevas tecnologías, no está exento de goce; más bien apunta a su actualización: de un lado, voluntad de poder y de otro, para algunos, pathos en sus fórmulas más diversas (toxicomanía, depresión, tentativas de suicidio, etc.). Esta sería la época de la panacea química y de la recusación de toda clínica orientada por el psicoanálisis.

El lazo social contemporáneo está regido por la supremacía del discurso capitalista, que pone en primer plano al objeto, ocultando así al sujeto, lo cual ejemplifica, tal y como lo define Lacan, el modo relacional de la perversión: una especie de perversión generalizada del lazo social. En los nuevos malestares de nuestra época, la toxicomanía, o más precisamente el sujeto “toxicómano”, evidencia este cortocircuito que opera con el objeto de goce, que viene a obnubilar al sujeto en relación con su falta en ser fundamental, es decir, aquello que lo pone fuera del circuito fálico. Esta obnubilación del sujeto con respecto al

objeto permite postular una clínica del monosíntoma, orientada en dirección del lazo social contemporáneo, el cual está regido por el discurso capitalista.

CAPITULO 2:

2.1. Breve lectura de las toxicomanías desde el punto de vista del psicoanálisis.

Freud (1930), en *El Malestar en la Cultura*, se refiere acerca de la droga como salida para soportar el sufrimiento:

El más crudo, pero también el más efectivo de los métodos destinados a producir tal modificación, es el químico: la intoxicación. No creo que nadie haya comprendido su mecanismo, pero es evidente que existen ciertas sustancias extrañas al organismo cuya presencia en la sangre o en los tejidos nos proporciona directamente sensaciones placenteras, modificando además las condiciones de nuestra sensibilidad de manera tal que nos impiden percibir estímulos desagradables. (p. 3027).

Ya que atribuye a las drogas una posible salida a la felicidad, los sujetos conocen que a través de esta muleta o como lo menciona Freud “quitapenas” siempre podrán eludir al peso de la realidad, amparándose en un mundo propio que ofrezca mejores condiciones para su sensibilidad.

Se atribuye tal carácter benéfico a la acción de los estupefacientes en la lucha por la felicidad y en la prevención de la miseria, que tanto los individuos como los pueblos les han reservado un lugar permanente en su economía libidinal. (Freud, 1930, p. 3027).

Freud designa a la felicidad como un tema de la economía libidinal de cada individuo. Ninguna regla vale para todos. Cada uno debe buscar por sí mismo la manera en que puede ser feliz. En este mismo capítulo, Freud (1930), menciona:

El ser humano predominantemente erótico antepone los vínculos afectivos que lo ligan a otras personas; el narcisista, inclinado a bastarse a sí mismo, buscará las satisfacciones esenciales en sus procesos psíquicos íntimos; el hombre de acción nunca abandonará un mundo exterior en el que pueda medir sus fuerzas. (p. 3029).

De aquí se concluye que Freud, al referirse a la adicción primordial, ya ubica al sujeto sin el Otro, es decir, que existe un desenganche de ese Otro una ruptura muy fuerte del lazo con el Otro, tomando la adicción como una muleta de esa falta (Naparstek, 2008)

Otras de las referencias con relación a las adicciones, se halla en la correspondencia de Freud a Fliess, en la Carta 79: “Se me ha abierto la intelección de que la masturbación es el único gran hábito que cabe designar “adicción primordial” y las otras adicciones sólo cobran vida como sustitutos y relevos de aquellas (el alcoholismo, morfinismo, tabaquismo, etc.)”. (Freud, 1930, p. 3029).

Es decir que la adicción primordial se relaciona más a la masturbación, mientras tanto las otras vendrían subalternas de esta adicción primordial quedando así como sustituta la masturbación. Esta masturbación como adicción primordial entendida en la neurastenia y cuyas trascendencias la caracteriza como un modo de satisfacción que ya Freud lo dice: como goce sexual faltante, como algo que puede

sustituir a esa excitación que se escapa como por un agujero y que se podría bombear tóxicamente y así tapan el vacío.

En “Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad” (1908), Freud relaciona a las fantasías con la masturbación y el autoerotismo. La fantasía inconsciente tiene estrecha relación con la vida sexual del sujeto; es idéntica a la fantasía que llevó a la satisfacción sexual en un período de masturbación.

El acto masturbatorio tenía dos partes: la convocación de la fantasía y la acción de autoerotismos. Esta composición es una soldadura. Originariamente la acción era un acto auto erótico puro destinado a ganar placer de un lugar erógeno del cuerpo.

Luego la acción se fusionó con una representación-deseo tomada del círculo de elección de objeto y sirvió para realizar parcialmente la situación en que la fantasía culminaba. Cuando el sujeto renuncia a esa satisfacción masturbatoria fantaseada, la fantasía consciente deviene inconsciente, y si no tiene otro modo de satisfacción sexual, permanece en abstinencia y no logra sublimar su libido, se dan las condiciones para que la fantasía inconsciente se refresque, difunda y surja como síntoma patológico, al menos en parte de su contenido.

Es decir, que existe en un primer momento el puro autoerotismo y que la fantasía aparece en un segundo momento. O sea que en un momento lógico anterior, esta soldadura no era tal; entonces al puro autoerotismo, se le agrega la fantasía, que está en relación a esos objetos primero y genuinos. El nexo de las fantasías con los síntomas es múltiple y complejo, quizás por las dificultades que

encuentran las fantasías inconscientes para expresarse. En general, un síntoma no corresponde a una única fantasía inconsciente, sino a varias de estas.

Naparstek (2008) hace nota de los puntos de referencias que toma Freud sobre la masturbación y la adicción primordial, planteando de que manera puede funcionar el toxico en el sujeto; comenta que el puro autoerotismo sería como “un tocamiento sin ninguna connotación significativa”. (p. 35). Realiza un cuadro en donde ubica los tres momentos:

Tiempo 0	Tiempo 1	Tiempo 2
Puro Autoerotismo	Onanismo como soldadura	Síntoma

Tenemos entonces tres momentos: puro autoerotismo (acción mecánica, sin el Otro), fantasía (soldadura) y síntoma. Para que haya síntoma, Freud pone como condición la abstinencia de esa adicción primordial, es decir dejar de masturbarse. Podemos plantear que Freud ubica a la adicción en el lugar de la sustitución de un puro autoerotismo sin que esté articulada a la fantasía y en su defecto la palabra.

Por lo tanto la toxicomanía sería un síntoma sin envoltura formal, un puro núcleo de goce. La masturbación a la que refiere Freud es puramente autoerótica, antecede a la ensambladura con la fantasía, por lo que no habría allí

relación alguna con el Otro sexo. En esta neurosis Freud habla de una génesis tóxica producto del autoerotismo que no se pudo tramitar vía la palabra.

Lacan en el seminario 23 (2009), comenta algo parecido a Freud “El falo es la conjunción de ese parásito, el pequeño cabo de cola en cuestión, con la función de la palabra” (p. 16). Por lo tanto, si el pene responde al significante y si la excitación se puede lograr con el pensamiento, lo podemos llamar falo. Es lo que Lacan llamó “un órgano no es instrumento sino por intermedio de esto en lo que todo instrumento se funda, es que es un significante”. (p. 8-12-71). En otras palabras, el órgano es un instrumento solo si deviene de un significante.

Fabián Naparstek (2008) retoma la tesis freudiana y la lectura lacaniana, para explicar la adicción. Hace un énfasis particular en el segundo tiempo: el onanismo o la excitación se liga a la fantasía. En este tiempo, el autor retoma Lacan cuando dice “*El significante toca el cuerpo*” Aquí se trata de la inscripción del falo, es decir, la unión entre el órgano y la función de la palabra.

La función que adquiere la droga, da como resultado una supresión ficticia del falo como instrumento de lazo social, pero esto no impide la satisfacción del órgano. Para el “drogadicto”, el falo no representa nada, sin embargo hace como si existiera, sirviéndose del artefacto droga como condición necesaria para acceder sexualmente al Otro.

Lacan dirá que la droga separa al niño de su pequeño pene, haciendo alusión a que en la toxicomanía no hay goce fálico, goce que significa alguna ligadura a la palabra. Miller. J.A (1998) para referirse al goce en la toxicomanía sería un “goce artificial”. La droga sería así la abastecedora de lo que la literatura ha dado en llamar: “los paraísos artificiales”.

Lacan plantea “que la droga es lo único que permite romper el matrimonio del cuerpo con el hace-pipí (pág. 16)”, es decir, con el goce fálico. Matrimonio del cuerpo que resulta de la captura del pene como órgano por el significante, mediante la intervención del Nombre del Padre que metaforiza el Deseo de la Madre, instaurando al falo como regulador de las significaciones y articulador de la diferencia sexual.

Remplazo que no es de significante sino de un hacer por otro hacer, lo que permite diferenciar la toxicomanía como patología del acto o neosíntoma de lo que en psicoanálisis consideramos síntoma.

2.2. La droga: su uso y función posible en la Neurosis y Psicosis.

El concepto de que la toxicomanía no es un síntoma en el sentido freudiano, ha sido desarrollado ampliamente por Eric Laurent (1994), Sinatra, Silliti y Tarraba (1994) y Naparstek (2008).

La droga nos introduce a otra cosa que se trata más bien de una ruptura con el goce fálico. No es una formación de compromiso, como señala Freud en el concepto de síntoma y más bien se trata, de una formación de ruptura.

Lo interesante es que la toxicomanía permite al sujeto el encuentro con un goce mortífero, acceder a ese goce no es por la tramitación regular de la estructura neurótica: por el falo. No obstante nuestro abordamiento es que en el toxicómano neurótico no hay una forclusión del nombre del padre como sucede en la psicosis, sin embargo, hay una ruptura con la significación fálica a la cual se accede a través del nombre del padre.

El psicoanálisis toma en cuenta para el diagnóstico tres estructuras: las neurosis, las psicosis y las perversiones. No hace de las toxicomanías, o más aun de las adicciones, una estructura clínica. Lo que cuenta es la posibilidad de que los tóxicos se jueguen en las diferentes estructuras y tengan una función diversa, no sólo en las mismas, sino en cada sujeto en particular.

De este modo podemos explicar la existencia de una variedad de relaciones de sujetos con diversas drogas, o incluso las mismas, en aquellos cuyas posiciones subjetivas puedan determinarse como neurótica, perversa o psicótica.

Desde el psicoanálisis, se puede decir que no hay una “definición” de la toxicomanía, ya que la posición analítica no implica una descripción y clasificación de los síntomas o fenómenos que muestra el sujeto, sino que trata de un trabajo diferente, en relación a lo que es el sujeto del inconsciente y sus implicancias en relación al Otro.

Al pensar como psicoanalistas se sabe que no existe el universal de “el drogadicto”, sino el goce particular de cada sujeto. En el caso de las adicciones, la salida de la dimensión fálica no es estructural. Como ya se ha mencionado, hay que situarla dentro del contexto de las estructuras clínicas.

2.2.1. Neurosis.

Conocemos que lo que determina en la neurosis es el Otro de la palabra: el sujeto se reconoce y se hace conocer en relación con ese Otro, se hace preguntas de su ser, que está ligado al reconocimiento simbólico; pregunta que lo enfrenta con el Otro, con su deseo y la causa de su angustia. En la histeria, la pregunta “¿Qué es ser una mujer?” deviene de lo imaginario, donde se intenta simbolizar el órgano femenino en tanto tal. Pero existe algo que se escapa de lo simbólico en tanto la identificación al hombre, desde lo imaginario no encuentra una definición.

En este caso el pene sirve como instrumento imaginario para atezar lo que no logra simbolizar, en tanto tal no hay una inscripción del genital femenino en el psiquismo. Con relación al neurótico obsesivo la pregunta que la constituye tiene que ver con la contingencia de la existencia de la propia existencia, es la pregunta sobre la muerte: “¿Por qué existo?”. La respuesta del obsesivo es trabajar febrilmente para justificar su existencia, el obsesivo realiza algunos rituales porque cree que le permitirán huir de la falta en el Otro, de la castración del Otro.

Con relación al sujeto neurótico toxicómano observamos que existe una obturación de esta pregunta, siendo así la droga un suplemento que brinda un camino para pensar esa extraña condición de un sujeto, que sin renegar de la marca paterna, evade, por angustiante, la cercanía al goce fálico y su correlato: la angustia de castración, es decir que son sujetos que se conservan al borde de la diferencia de los sexos y la carencia constitutiva de todo deseo.

La estructura básica depende de una relación simbólica en la dialéctica, también simbólica, del paso al edípico del ser al tener. Esta toma una importancia con relación a la falta y la completitud del Otro (significante falo), y la posible intervención del significante llamado paterno en la dialéctica. Va a ser el complejo de Edipo el que ponga en partida el funcionamiento simbólico en el sujeto. Complejo que tiene que ver con la castración simbólica de un objeto imaginario, a través del cual el niño va a dejar de ser falo imaginario para la madre.

Es la función del padre la que determina que el sujeto deje el juego de ser el anzuelo materno, a partir de esta renuncia el sujeto se verá paralizado de un goce que nunca se recupera: el goce debe ser rechazado para que pueda ser alcanzado en la escala invertida, la ley del deseo, goce al que el toxicómano no acepta renunciar.

Entonces en la posición del toxicómano en la neurosis, existe una falla en el Nombre del Padre, en cuanto ha perdido el corolario de la significación fálica. Por ello es tan similar a una psicosis donde hay forclusión del Nombre del Padre y por ende no hay producción de la significación fálica. Pero mientras en el toxicómano neurótico existe el $\Phi 0$ sin que la función del Nombre del Padre sea igual $P0$, en la psicosis encontraremos que siempre estarán soldadas $P0-\Phi 0$.

La ruptura del matrimonio con el falo del toxicómano no es forclusiva del Nombre del Padre, sino que se coloca más allá de él y del mismo principio del placer.

En la neurosis hay una falla en esa identificación paterna que no es forcluida, pero eso no impide que haya la ruptura con el goce fálico. Es decir que

no se regula completamente por la identificación paterna y en el lugar de la falla se conecta con un goce real.

En ese sentido será necesario repensar si existe en rigor una toxicomanía en una psicosis, ya que muchas veces en la psicosis el objeto droga localiza un goce. Es específico y no entra en las leyes del mercado, donde se pretende un consumidor compulsivo y en escalamiento hacia un consumo sin límite de una sustancia que se sustituye por otra cada vez más fuerte y en mayor cantidad. La ruptura con el falo suprime las particularidades.

Una consecuencia de la ruptura con el goce fálico en el toxicómano neurótico es que realiza también una ruptura con los Nombres del Padre, pero por fuera de la psicosis y de la palabra. Es un goce sin metáfora que escapa al discurso del inconsciente. No hay en él una determinación inconsciente, por lo que habrá que acudir a una clínica de la contingencia.

Además, en el toxicómano neurótico hay una ruptura con las particularidades del fantasma. No requiere del fantasma como aparato de goce. El fantasma supone el goce de un objeto que incluye la castración, es incluso respuesta a la castración del otro que hemos escrito S(A). Por romper con el fantasma no es un perverso quien, al contrario, hace un uso específico del fantasma para obtener su goce. El toxicómano obtiene goce por fuera del fantasma y con ello evita los complicados rodeos que toma el resto de los neuróticos de la construcción de un fantasma para poder gozar. Además, no necesita pasar por el cuerpo del otro para obtener el goce. Corresponde a lo que del lenguaje no se corporiza como satisfacción sustitutiva. En esa perspectiva su síntoma es esencialmente un acontecimiento del cuerpo propio.

El goce implicado en la toxicomanía no es entonces un goce sexual, ya que el goce sexual es fragmentado, sólo se aprehende por la fragmentación corporal, es siempre parcial, mientras que el goce del toxicómano se pretende único. Por eso, una vez más, es consonante con el imperativo del mercado en el discurso capitalista que quiere la reducción de la heterogeneidad de los goces inconmensurables a la unificación del goce Uno para todos, el del consumo de los objetos que produce.

En esta vía en el síntoma se encuentra poco del significante que acote el goce (S1- S2). En él se privilegia el S1 solo o sumado al objeto (S1+ a). En él aparece el Uno de la letra inscrito en el cuerpo. Pero no pensado como “trastorno de la imagen”, no es en la perspectiva imaginaria que denuncia los modelos sociales de la belleza de mujeres famélicas, usadas para colgar la ropa de los grandes costureros de la moda. Allí todavía hay significación fálica, así sea un falo flaco como dice Lacan respecto de la amiga de la bella carnicera. No, se trata del cuerpo desprovisto de semblantes fálicos, es el cuerpo como sustancia gozante, el cuerpo que se consume a sí mismo, el cuerpo como desecho.

En la neurosis, el consumo de drogas funciona también como una solución. Es una solución que sutura la división subjetiva y restituye la unidad del sujeto. Muy frecuentemente, trata el síntoma y lo hacer callar cuando éste comienza a mostrarse y a causar sufrir. En ello, impide la formación del síntoma analítico y su desciframiento, ya que generalmente el consumo de drogas en la neurosis no es un síntoma freudiano. Solo raramente constituye una formación de compromiso. Más bien es un plus de goce añadido del exterior que es admitido en la economía subjetiva.

El tóxico va al lugar de no querer saber nada del Otro, al lugar del autoerotismo. Es un modo de cortocircuito la pregunta del deseo del Otro, el pasaje por la castración del Otro.

2.2.2. Psicosis.

Para abordar la psicosis, con la toxicomanía dentro de la estructura clínica, tenemos que tener presente que la toxicomanía no es una estructura sino un fenómeno que puede encajar en cualquiera de las tres estructuras.

La toxicomanía implica una ruptura con el falo, pero en la psicosis dice Lacan hay una ruptura, un agujero que está de antemano es estructural. Lacan afirma que la droga es lo que permite romper el casamiento del cuerpo con el pequeño-pipí, en este caso podemos decir que la droga no solamente es una ruptura con el falo sino, es lo que intenta ligar a ese pequeño-pipí con el cuerpo transformándolo en un instrumento que le puede servir al psicótico.

El abordaje que se ha dado de la psicosis con relación a la toxicomanía, se da a través de algunas investigaciones y casos dados. Para poder sustentar que es lo que sucede con el sujeto psicótico, se hace referencia a la evidencia en tales presentaciones: cómo a través del tóxico el sujeto aleja la posibilidad del desencadenamiento; se mantiene al borde del agujero de la psicosis pero sin caer dentro de ella, o encuentra una solución precaria en el tóxico una vez desencadenada. El uso de drogas puede precipitar a veces una psicosis que se mantenía latente.

Con relación a la trayectoria que se le ha dado al toxicomanía con la psicosis, la tesis de Fabián Naparstek (2009) “La Orientación Lacaniana con toxicómanas y alcoholismo en psicosis” (p. 85), sitúa tres razones iniciales del punto central del psicótico con relación a la toxicómana de la cual voy a tomar a referirme de las dos primeras que el menciona. La primera de ella se basa en casos que se encuentra con demandas de toxicomanía y que son diagnosticados como psicóticos. La segunda es un razonamiento que hace Eric Laurent, sobre una fórmula de la ruptura con el falo como manera de pensar al toxicómano en la neurosis, sin embargo existe un inconveniente con la psicosis puesto que en este ya existe la ruptura desde el inicio, es decir es estructural. No obstante, nos sirve para ver de qué modo podría articular u operar en la psicosis.

Lacan hace su más conocida, aunque extremadamente breve, formulación en relación al tema de la droga en 1975, en una conferencia acerca de la importancia de los carteles en la Escuela. Allí, Lacan dice “la única definición que hay de la droga, y este es el motivo de su éxito, es que la droga es aquella que permite romper el matrimonio del cuerpo con el pequeño-pipi”. (Lacan, 1975, p.10) El cual está ligada al caso Juanito y a su vez es una referencia al padre, es necesario recalcar la noción que sostenía.

Lacan hace referencia respecto del padre en el Seminario 23 – Síntoma de Lacan (2009) (Caso Joyce):

Con un padre borracho y más o menos feniano, es decir, de dos familias, porque las cosas se presentan así para todos cuando se es hijos de dos familias y uno se cree macho porque tiene un pitito. Naturalmente, discúlpenme la expresión, hace falta más. Pero

como él tenía el pito algo flojo si puede decirse así, su arte suplió su firmeza fálica. Y siempre ocurre así. El falo es la conjunción de lo que he llamado ese parásito, que es el pitito en cuestión, con la función de la palabra (p. 16).

Por eso entendemos que Lacan afirma que no alcanza tan solo poseer un falo, fisiológicamente un pene, sino que es necesario que ese pene esté ligado a la palabra.

En las psicosis no sólo hay ruptura con el goce fálico, por eso el goce del psicótico es, al igual que el de la mujer, un goce suplementario, sino que hay ruptura de la identificación paterna -como decía Freud, es decir, en términos de Lacan, forclusión del Nombre del Padre. El Nombre del Padre es el significante que inscribe en el inconsciente del sujeto, la Ley de prohibición del incesto y la castración simbólica. En la psicosis, esta inscripción falta, está precluída, nunca se presentó, y entonces tenemos la psicosis.

Lacan se va a preguntar si la ruptura con el goce fálico implica la forclusión del Nombre del Padre. “Seguramente la utilización de tóxicos lleva a pensar que puede haber producción de esta ruptura con el goce fálico, sin que haya por lo mismo forclusión del Nombre del Padre” (Laurent, 1988).

Por lo tanto, el toxicómano que es psicótico es diferente del toxicómano que no lo es, y la función que cumple la droga en estos dos tipos de sujetos es diferente.

En la psicosis la droga puede cumplir una función de suplencia, esto significa que la droga le sirve al sujeto psicótico para estabilizarse, para no

desencadenar la psicosis como tal. Este punto es bien problemático, de ahí la importancia del diagnóstico diferencial, y es que si se le retira la droga a un psicótico, siendo que está le sirva de suplencia “droga” puede desencadenar una psicosis esquizo-paranoica, con todo lo problemático que es esto. El goce de la sustancia puede ser el retorno de ese goce extraído del Nombre del Padre (Laurent).

Entonces, lo mejor es dejar que el sujeto siga consumiendo antes que pasar a desintoxicarlo. No se trata simplemente de separar al toxicómano de la droga; hay algunos que necesitan de ella para mantener un equilibrio psíquico, y si se les quita la droga bruscamente, se puede desencadenar una crisis grave. Esto no es algo que se presente en todos los casos, ni debe ser un argumento que utilice el toxicómano para seguir con el consumo. Pero se trata de algo que de cierta manera es contrario a los parámetros de la Salud Pública, la cual tiene el propósito de apartar a «todos» los toxicómanos de las drogas, sin pensar en la particularidad del caso.

La droga actuaría aquí como organizador u ordenador, en un esfuerzo extremo de introducir lo que precisamente falta como función estructurante y que le permite funcionar en un estado que no sea de franca psicotización.

2.3. La caída del nombre del padre y sus repercusiones en las toxicomanías.

2.3.1. Los Nombres del Padre.

Es en relación al texto establecido por Miller "De los Nombres del Padre", que reúne dos intervenciones de Lacan, la primera de 1953 "Lo simbólico, lo imaginario y lo real", y la segunda, de 1963, la única lección del seminario de "Los Nombres del Padre" (2005). Al parecer tratan temas heterogéneos, pero Miller dice que se decide a juntar estas dos intervenciones porque hace hincapié en la indicación que dio Lacan en su última enseñanza, según la cual lo simbólico, lo imaginario y lo real son los verdaderos Nombres del Padre.

El Nombre del Padre crea la función del padre. Pero entonces ¿de dónde viene el plural? Dice que no es pagano, sino que está en la Biblia: el Padre no tiene Nombre propio. No es una figura, es una función. El Padre tiene tantos Nombres como soportes. Agrega: Su función es la función religiosa por excelencia: unir el significante y el significado, la Ley y el deseo, el pensamiento y el cuerpo, es decir, lo simbólico y lo imaginario. Pero estos dos se anudan de a tres con lo real. Entonces el Nombre del Padre es un semblante, y si no estuviera todo se desataría, sería el síntoma del nudo mal hecho.

Veamos ahora la homofonía de "Los Nombres del Padre" con el seminario 21 "Los no incautos yerran": En "Intervenciones y texto 2", hay un texto que comenta la obra "El despertar de la primavera", de Frank Wedekind. Esta obra trata de cómo van sorteando los personajes (adolescentes) ese no hay relación sexual con el encuentro en lo real, y el poco sostén de los padres (Lacan, 1988, p. 106).

El no incauto es el que se cree desengañado de todos los semblantes. No los necesita, se ríe de los semblantes, como si los otros fueran caretas. Es solicitario y errático respecto de un goce, que no le permite hacer lazo. En la obra hay un personaje no incauto que trata de convencer a otro que se mate, y es ahí donde aparece el personaje de "el enmascarado" (representado con una máscara de mujer), evitando que cometa el suicidio.

Permite que se relacione con el valor de los semblantes para la vida, lo saca del goce cínico mortífero, y también de la moral culposa de la que se lo acusaba. Este adolescente encuentra una salida a este punto de impasse.

Al "hombre enmascarado" Lacan lo propone como uno de los Nombres del Padre. Es el padre que permite el uso de los semblantes. Articular el goce con el semblante. Es el semblante por excelencia. Y aquí La Mujer como versión del padre permite poetizar el goce, sacarlo del goce uno solo (por eso es pertinente ubicar ahí al enmascarado que aparece en la obra con una máscara de mujer, no de casualidad).

Por lo tanto, el Nombre del Padre no es ninguna otra cosa que el nudo. Permite articular los 3 registros. Anuda y diferencia al mismo tiempo. Es un semblante, un artificio. Es una invención de un modo singular de cada uno. El Nombre del padre permite el semblante en el lugar del agujero. Es una función (sin tener en cuenta las características particulares). Es un "saber ahí con".

No se trata de ser ni cautos (prescindir de los semblantes), ni incautos (pensar que se puede restablecer la función paterna). "Hay que prescindir del padre a condición de servirse de él" (Seminario.17, p.133).

La función amorosa del nombre del Padre es la construcción del artificio. "Sólo el amor permite al goce condescender al deseo" (Seminario 10, p. 131). Lo importante es cómo se regula ese goce (invención que le permita sostener un lazo amoroso). El amor en alguno de los Nombres del Padre es un amor que articula y regula algo.

La propuesta es explorar en la época actual qué otros límites podemos encontrar para acotar el exceso del goce fálico, que no sea del orden del anonimato ni del orden de los límites del Nombre del Padre.

2.3.2. La caída del nombre del padre y sus repercusiones en la adicción a las drogas.

Jacques Lacan plantea en su escrito "*La familia*", de 1938, la declinación del imago paterna, vincula la eclosión del psicoanálisis situando las nuevas modalidades de las neurosis contemporáneas como consecuencia de la declinación del padre, que es carente, ausente y humillado.

Lacan toma el texto la familia para apelar de manera reiterada a la ley de la contracción familiar enunciada por Émil Durkheim acerca del pasaje de la familia extensa a la "*familia conyugal*" para apuntalar su diagnóstico sobre la "degradación", cuestión desarrollada en un libro de "*Marcos Zafiroopoulos* tomado por Lacan (1938 - 1953)".

En la tesis de Durkheim hace referencia también a la declinación de la autoridad del padre en pos de los derechos de los otros miembros de la familia, lo que provoca un resultado de disipación de la autoridad paterna, de la patria

potestad. Se refiere a la patria potestad de una persona que estaba por encima de todos en la familia. La autoridad del padre va siendo paulatinamente sustituida por una suerte de democracia familiar, por lo tanto se va dando una disipación de la autoridad de la ley. Toda esta realización de Durkheim constituye el trasfondo, presente entre líneas del texto de Lacan sobre La familia y su idea de la declinación del imago paterna.

Lacan (1953) en “El mito individual del neurótico” hace referencia del sujeto moderno en la familia conyugal como lo vivido originalmente, en el que el padre resulta ser el representante de una función, la encarnación de una función simbólica, mas esencial, a saber los goces pacíficos, culturalmente determinados y fundados del amor de la madre. “La asunción de la función del padre supone una relación simbólica simple, donde lo simbólico, recubrirá plenamente lo real” (p. 56).

Más adelante expone que el padre no debe ser solo el nombre del padre, sino más bien que representar toda su plenitud y función. Está claro que ésta envoltura de lo simbólico y de lo real es absolutamente inasequible. “Al menos en una estructura social como la nuestra, el padre es siempre un padre discordante en relación a su función, un padre carente, un padre humillado, hay una discordancia entre lo que es percibido por el sujeto en el plano de lo real y la función simbólica.” (Lacan, 1953, p. 56). En este intervalo yace lo que hace que el complejo de Edipo, tenga su valor para nada normativizante sino, es el caso más frecuente patógeno (Lacan, 1953, p. 57)”

Freud en el “Tótem y Tabú”, escrito de 1913, trata de pensar al padre como agente de la castración, en tanto hay implícito allí una lógica universal, un

“para todos”. De esta lógica se desprende que, por ejemplo, el plus de gozar es un efecto de la castración de goce que opera el lenguaje mismo anudado a un ideal, como por ejemplo, el padre de Edipo, figura del Otro que semblante cierta consistencia durante un largo período de tiempo. Este es un nexo que nos permite pensar el tema de la caída de los ideales o, si se quiere, la declinación del imago paterna.

Esta caída del referente simbólico conlleva que no es que no haya ideales sino que los mismos se encuentran multiplicados y, también, a diferencia de otros tiempos, no unificados en un todo no consistente. No conforman un universal, con lo cual, la imposición que impelen los mismos no van a estar localizadas en la función del padre como agente de la castración simbólica, sino más bien a un imperativo de goce que se podría llamar castración de lo real, una exigencia desregulada que acarrea a algo erróneo, un extravío. Si el goce no está regulado al padre como agente de la castración, esto no es sin consecuencias para el sujeto, que quedará expuesto a modos de gozar derivados del plus de goce y no del Otro.

La declinación del imago paterna tiene que ver con este estatuto que en el Otro no funciona como antes. Si el ideal ha declinado, lo que vemos aparecer, como consecuencia, es un sujeto lanzado a la caza del plus de gozar. Los ideales no han desaparecido, se multiplican cada vez más; los mismos no hallan su referencia a un todo, sino al plus de goce. Por lo tanto, no propician el lazo social, muy por el contrario, el sujeto queda excluido de la posibilidad de hacer lazo. Se goza autísticamente.

Mauricio Tarrab (2000) comenta: “El Ideal es el que tiene su función de regulación, la castración, la castración estructural, esa que es fundamental para

promover la posición de un sujeto deseante, la castración tiene su agente en el Padre” (p. 145).

Pues bien, la función del Padre, en la actualidad no es consistente, la tramitación del sujeto regulado por la castración es frágil, es decir el sujeto actual no pasa por la vía de la regulación del padre, sino más bien se dirigen al objeto de goce. “Esto tiene consecuencia decisiva sobre los caminos que la subjetividad toma para colmar su incertidumbre, su falta de ser, su propia inexistencia” (Tarrab, 2000, p. 148).

Por el que aparece crudamente en lo real, en esta homogenización científica tramada por una política de mercados comunes. Mercado común, para todo el mismo goce, equivale a decir forclusión de la diferencia y reintroducción de la misma en lo real.

Se trata también de la segregación de la muerte, de la segregación de la castración. Es decir, existe una ruptura con el ideal y con los escenarios que el ideal sugiere, para sumergirse por un cortocircuito tóxico directo al objeto de consumo, para encontrar, no tanto el placer, sino más bien el vacío que rodea al goce en el sujeto, el cual es confrontando a lo insoportable de su inexistencia.

Nuestra sociedad se caracteriza por estos ideales cada vez más utilitarios, cada vez más desligados al padre y al Complejo de Edipo, alejados de esta trama en la que subyace el padre como agente de la castración.

Laurent (2004) sitúa en la época actual dos vías del sujeto moderno: aquel que tiene que ver con un empuje a la inconsistencia y, por otro lado, un empuje al todo. El primero de ellos, está en relación con la procedencia de la incesante

búsqueda de los mercados “del significante amo que no encuentran.” (p. 154). Obtenemos decepciones que desbordan, por ejemplo, a nivel de los directores de bancos centrales, gabinetes de auditoría, etc., todos ellos alcanzados por la sospecha.

Por otro lado, tenemos el empuje al todo denotado en el éxtasis del goce que, para Eric Laurent (2004), siempre brindó a la civilización la ocasión para experimentar la presencia de un Dios:

Lo que muestra la existencia de Dios para el sujeto moderno, es la sobredosis. En la presencia en él del éxtasis, el sujeto experimenta la presencia del Otro. Entonces cree allí. Sabemos que el sujeto prefiere su goce antes que su auto-conservación y que el narcisismo no es una barrera contra la pulsión de muerte. El sujeto puede elegir darse muerte de maneras diversas. (p. 166).

No sólo podemos ubicar esto en los toxicómanos adictos a las drogas duras, sino también, lo vemos reflejado en el trabajo compulsivo, los juegos de riesgo que producen adrenalina y sensaciones placenteras que podrían llegar hasta la muerte. Todas ellas “*manifestaciones de la búsqueda de la presencia del Otro en nosotros*” (Laurent, 2004, p. 168). Tiempos hiper modernos que nos toca vivir donde el epicureísmo de los cuerpos está cada vez menos ligado al principio del placer y a la huida del dolor o ausencia de lo que provoque un vacío.

El sujeto de la actualidad es un consumidor por excelencia y no puede escapar a los determinantes del discurso actual, sin embargo el toxicómano encarna de manera paradigmática este modelo. La respuesta del sujeto toxicómano será, por estructura, una respuesta que tiende a obturar la angustia con un objeto de consumo: el tóxico, respuesta ligada a la búsqueda de una inmediata satisfacción y de un rechazo del saber. No obstante el que no es toxicómano en esta cultura presenta modos de satisfacción obtenidas por los medios de consumos, por ejemplo los shopping, que acaparan el éxito de la totalidad de la necesidad del sujeto, obturando la falta, masificando al sujeto en puro semblantes.

En la serie de objetos de consumo, el fármaco resulta un recurso inmediato y eficaz en las urgencias médicas en la actualidad, pero también resulta ser la respuesta complementaria del saber médico a la queja de su paciente, reduciendo en esa operación de manera inequívoca todo malestar y todo dolor a una cuestión bioquímica. Esta respuesta no dista demasiado de lo que sucede con los alquimistas modernos, más conocidos como "toxicómanos" quienes mezclan sustancias "para subir" o "para bajar" según lo requiera la ocasión, pero en todos los casos como modo de apaciguar químicamente el insoportable dolor de existir, producido por la falta estructural.

2.4. El Discurso capitalista y el tóxico.

El discurso capitalista se sostiene en una forclusión o rechazo de la castración e exclusión al inconsciente como determinación del sujeto y su retorno en lo real; es la circularidad de los imperativos de goce del superyó, cuyo ser convoca al sujeto a la realización de la pulsión de muerte. En este contexto la ciencia trabaja en la producción de *gadgets* para la satisfacción de un sujeto consumidor que, al obedecer al imperativo, es consumido por el sistema.

Lacan retoma y recuerda los cuádruplos de sus discursos, reconoce su sorpresa por la homología entre el plus-de-gozar y lo que es el discurso capitalista, en el que Marx supo detectar como plusvalía como su resorte esencial. Las categorías de capital, plusvalía y salario se desanudan del concepto mercancía y la asunción del ente como mercancía implica que el valor del cambio sea la forma de valor donde se preserva y se niega la vez el valor de uso.

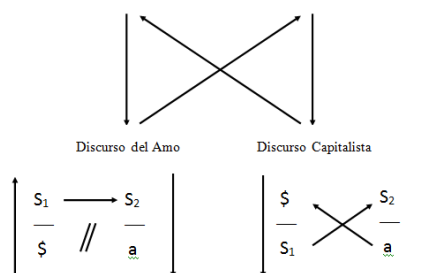
Jorge Alemán (1994) expone la lógica del discurso capitalista escrito por Lacan, referido a la plusvalía “El Capital establece la ley de que rige la sociedad moderna y no la ley que rige la historia” (p. 54), en el que afirma que la de un Otro al otro que la plusvalía es la incidencia científica sobre la cosa y esta es una diferencia fundamental con el Amo antiguo, que no dispuso de las consecuencias adecuadas para contabilizar el plus de goce en término de mercancía.

Estas mercancías o productos hacen que existan la plusvalía en el valor de cambio las cuales no están al servicio de satisfacer la falta de goce propia del acto mismo, más bien por el contrario, crean insatisfacción para luego relanzar la producción de nuevos productos o objetos. “La plus-valía, es la causa del deseo

del cual una economía hace su principio: el de la producción extensiva, por consiguiente insaciable, de la falta-de-gozar (Lacan, J. 1977)". El discurso capitalista se distingue por ser un movimiento circular en donde la apropiación del plus de gozar no está obstaculizada por barrera alguna.

El Sujeto va a tratar de colmar su división subjetiva a través del plus de gozar industrializado del discurso del mercado, apresándose así de estos objetos de goce fundados por ese impulso o ese empuje del discurso capitalista, en la que se introduce un engaño clave de la falla o de la falta que hace que el sujeto pueda opacar esa falta ya que esos objetos dan satisfacciones. Hay una circularidad porque no hay un corte, es una rueda constante de objetos, es el súper yo de la época: ¡Consume más! El que no consume se siente marginado y el que consume se encuentra en un círculo infernal.

Lacan formaliza la escritura del discurso capitalista en relación con los cuatro discursos clásicos, incorporando el quinto discurso. Replantea así el funcionamiento discursivo con la notación de flechas (una horizontal del agente al otro, dos diagonales de la verdad al otro y de la producción al agente, y dos verticales de la verdad al agente y de la producción al otro), dejando indicada siempre la ausencia de relación entre los lugares de la verdad y la producción. Con base en lo anterior, el discurso capitalista, en cuanto sustituto actual del discurso del amo antiguo, es definido sobre la base de una pequeña inversión entre el lugar del significante amo y el del sujeto dividido, tal como se muestra a continuación:



El discurso funciona en una circularidad sin fin. Es la metonimia de los objetos del mercado. Es en este circuito donde podemos ubicar al toxicómano, en cual queda atrapado con su goce. Accede a un producto del mercado y consumiendo para suturar su falta de goce se consume. Este es el lugar en el que se ubica la ruptura del lazo social. Al lugar del plus de goce, que por estructura significa falta de goce, va a parar un objeto del mercado que se ofrece para suturar esa falta con un plus de goce de imitación. En tanto el mercado de la tecnología provee esos objetos que están sujetos a una legalidad de la oferta y demanda.

Se da un corte entre la relación S1-S2, en tanto que un significante representa a un sujeto para otro significante, se lo puede llamar sujeto de goce, al no estar articulado por la significación se produce al mismo tiempo una ausencia de identificaciones. En el e discurso capitalista va estar en el lugar de la verdad ocupado por este S1, que para el capitalista es el valor “objeto” considerado como el significante que vacía toda significación de su contenido, dice Lacan (1966):

En la época de Descartes estas leyes no eran ignoradas por nadie, estamos en la época de Ángelus Silesius que osó decir a Dios: si yo no estuviera, Tú, Dios en tanto que Dios existente,

tampoco estarías. En esa época se puede hablar del problema de la nuestra, se puede ahí reemplazar lo que hace impasse (p. 35).

El discurso capitalista es el que constituye el impasse, es el que rechaza a la castración, es decir que se trata de una perversión del discurso del amo mediante el cual el discurso capitalista efectúa una reapropiación de goce, que hace que la realidad advenga como fantasma. Es el lugar donde se puede ubicar a las drogas que, en tanto metonímicas, conservan una relación empobrecida con la significación. Son S1 que no se enlazan al S2.

Las consecuencias que se inserta en la circularidad que describe la operación misma de los imperativos del superyó, en que la función de esas barreras no interpone al sujeto hacia el goce, o bien, hacia el retorno a lo inanimado al que apunta la pulsión de muerte. En este sentido esta circularidad del discurso capitalista, que está facilitada por el rechazo de la castración, genera la ilusión en el sujeto del encuentro con el objeto de la satisfacción.

2.5. El objeto plus de goce.

Lacan (1968) para referirse al plus de goce, lo toma del objeto **a**, en la medida del goce faltante y por eso, por ser manifestación de la falta en ser, es causa de deseo.

Es en el discurso sobre la función de la renuncia al goce donde se introduce el término del objeto **a**. El plus de gozar como función de esta renuncia bajo el efecto del discurso; he allí lo que da su lugar al objeto **a** en el mercado, a saber en lo que define algún

objeto del trabajo humano como mercadería, así cada objeto lleva en sí mismo algo de la plusvalía, así el plus de gozar es lo que permite el aislamiento de la función del objeto **a** (p. 5)

Es decir que el plus de goce es en función de la renuncia al goce por efecto del discurso. Esto es lo que da su lugar al objeto **a**. En la medida que el mercado define como mercancía cualquier objeto del trabajo humano, sea el que fuere, este objeto lleva en sí algo de la plusvalía. El plus de goce es de este modo, lo que permite aislar la función del objeto **a**.

El objeto **a** escapa a la escena del mundo y escapa a los significantes. Lacan lo define de dos maneras, por un lado: como '*plus de goce*' y, por otro: como '*causa de deseo*'. Son dos acepciones que Lacan da al objeto '**a**'.

Cuando dice '*plus de goce*' se está refiriendo a la satisfacción pulsional. Pero el mismo objeto también puede funcionar como '*causa de deseo*'. La operación de Lacan consiste en separar pulsión y deseo. Entonces, algo del goce tiene que pasar por el deseo para poder pensar un comienzo en el recorrido de un análisis.

Si el goce tiene que ver con la pulsión, es en la medida en que la pulsión deja un saldo de insatisfacción que anima a la repetición y que es en esta medida que la pulsión es historizadora, en tanto que insatisface. En todo caso el goce es el saldo del movimiento pulsional alrededor del objeto, debido a que delinea el tropiezo real como imposible.

Lacan, en el Seminario 16 *De un Otro al otro*, denomina a lo real como imposible, a la estructura misma como lo real y al discurso como una marca de

cincel sobre lo real. La estructura es lo real y lo que tendremos de lo real del goce es su sustancia. Ingresar a lo real por vía de la representación de lo simbólico es inconcebible, con lo cual acude para ello a la lógica y la matemática.

Lo que del goce tendremos, su sustancia, le permite introducir la función del objeto a como plus de gozar. Lacan llamará “plus de goce” tomando el modelo de la plusvalía de Marx. Lo que es un “plus” corresponde a un “menos” que le precede. Dado que anteriormente el significante ha introducido una pérdida, encontramos algo que se restituye, una cierta compensación. La expresión “plus de goce” es un poco ambigua porque el estatuto del objeto en Lacan es complicado. Es a la vez un objeto perdido, imposible de ser recuperado.

En el seminario 17, Lacan (1969-1970), al retomar la relación entre goce y significante, establece que el acento no está puesto en el goce que se pierde por la incidencia del significante, sino en la relación entre goce y rasgo unario; concepto introducido por Lacan, a partir de Freud, que designa al significante en su forma elemental y da cuenta de la identificación simbólica del sujeto.

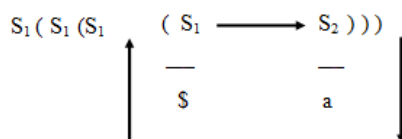
El rasgo unario es el significante en tanto es una unidad y en tanto su inscripción hace efectiva una huella, una marca. Esta diferencia del significante consigo mismo cuando se repite es considerada por Lacan como una de sus propiedades fundamentales. Ella hace que la repetición significativa (concepto freudiano de repetición) no sea un eterno retorno. El rasgo unario, en tanto permite el conteo, es el soporte de la identificación del sujeto. El rasgo queda situado en términos de detonación (*bedeutung*) de la relación del sujeto con la pérdida y recuperación de goce. Pérdida y recuperación que se dan en un mismo movimiento.

Ese significante primordial -S₁- al que Lacan (1973) llama “gloria de la marca” es matriz fundadora del lenguaje. El S₁ como marca inicial que recibe el sujeto es letra y esto ya supone una marca de goce hermana del goce prohibido, un elemento de escritura que conmemora una irrupción de goce:

El S₁, el enjambre, significante amo, es lo que asegura la unidad, la unidad de copulación del sujeto con el saber (...). El significante Uno no es un significante cualquiera. Es el orden significante en tanto se instaura por el envolvimiento con el que toda la cadena subsiste (p. 60).

J-A Miller (1998) dice en “*Los Signos del goce*” que “El discurso amo consigue agregar S₂ de manera que S₁ represente al sujeto y el goce ocupe su lugar como producción” (p. 344).

Para Lacan, a partir de este período de su enseñanza que data de la década del 70, el lenguaje es una elucubración de saber sobre la lengua. El lenguaje, al capturar la lengua, al descomponerla, coloca a los S₁ en cadena para "producir" algo con S₂, a saber: un discurso. En este sentido, el discurso amo, constitutivo del inconsciente, implica para Lacan algo más; esto es: "una habilidad", un saber-hacer con la lengua.



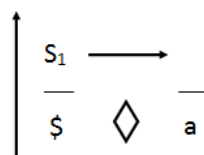
Miller (1998) añade: “el Otro depende del S_2 , de esta adición de S_2 ” (p. 335)”; planteo que reafirma lo formulado por Lacan al decir que “el saber es un enigma personificado por el inconsciente. Se enuncia así: para el ser que habla el saber es lo que se articula llamo a eso S_2 . ” (p. 335). El inconsciente es intérprete. Esto implica que se aborda al inconsciente desde la contabilidad, hacer pasar goce al inconsciente, a la contabilidad. Aquella barra entre significante y significado que Lacan trabaja detenidamente en su escrito “La instancia de la letra...” funcionaría, efectivamente, como una barra que separa a ambos. De este modo, las formaciones del inconsciente se sustentan de ésta, lo que permite pensar a partir de aquí lo que hay de letra de goce en el significante. Aquellas vías del ferrocarril que para Lacan en este texto eran las vías por donde la significación se producía, ahora pasan a ser las vías por donde circula el goce en el discurso.

Ahora bien, el objeto **a** sería lo que se escribe, como plus de goce. En este “efecto” del descifrado de la cifra, se escribe una condición de goce. El inconsciente trabaja y produce entropía: acumulación, plus de goce a recuperar. Tenemos operando al saber como medio de goce; a un S_2 que descifra S_1 - significante impar, asemántico- y luego après-coup hay efecto de sentido. Que el inconsciente trabaje implica la puesta en marcha del efecto de significación y este lugar queda designado en la neurosis por el falo, a saber: la dialéctica del ser y el tener y también la función fálica en tanto hay un efecto de goce fálico debido a la incidencia de la metáfora paterna. Entonces, tenemos al inconsciente estructurado como un lenguaje en tanto que *en el lenguaje y en el cifrado que se realiza hay goce* y es lo que Lacan denomina “sentido gozado”.

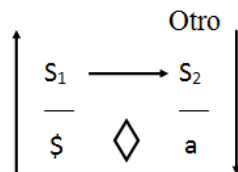
Dice Miller (1998) “El objeto a es la consecuencia de la falta absoluta de proporción entre el Uno contable y el goce” (p.337)”. A partir del S_1 de *la lengua* encontramos dos caminos claramente definidos: uno en tanto que al elucubrarse un saber sobre éste pone en juego lo que tiene que ver con el ciframiento.

Sabemos que la modalidad de goce de un sujeto está determinada por su marca original, S_1 y por lo que de sentido se le añade, S_2 -el Otro. Lacan afirma que el S_1 en tanto que significante al cual me identifico por la falta en ser, se produce en la corriente del discurso amo “...del que al proferir el significante espera de él lo que es uno de sus efectos de vínculo (...) y que depende del hecho de que el significante manda. El significante es ante todo imperativo” (p. 337)”.

La fórmula del fantasma da cuenta de la modalidad de goce del sujeto y podemos ubicar allí, con Lacan, en la raíz del mismo, a la gloria de la marca. Entonces, el sujeto se identifica, se fabrica un ser en tanto objeto de goce oral, anal, escópico o invocante; podría escribirse de este modo:

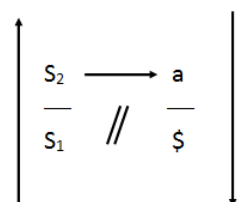


Pero, el condicionamiento de todo el funcionamiento del aparato psíquico, la otra escena, supone una relación, un vínculo al Otro:



El matema $\$ a$, fórmula del fantasma, está allí para procurar al sujeto un objeto de goce pero en tanto incluye los carriles de la castración, en tanto supone la castración como hecho de discurso, es decir, al Padre como operador estructural.

Lo que caracteriza a la modernidad tardía es el paso del discurso del amo antiguo al amo moderno y esto tiene que ver con una variación que es producida respecto del saber. Lacan dice que anteriormente el saber estaba del lado del esclavo; al amo lo que le interesa es, tan sólo, que “la cosa marche”. Es con el saber ocupando el lugar del amo que se inicia una nueva tiranía enunciada no en un “saber de todo” sino en un “todo saber”. Acumulación que se denomina burocracia. El esclavo ya no es el que tiene el saber para contentar al amo, h; este discurso es denominado por Lacan como universitario.



Aquí, la consecuencia que se deduce es la producción de sujetos divididos en post de lo que encarna ese saber. Lacan remarca la función de la *episteme*

como aquella ligada a este saber transmisible, teórico. No obstante, este saber no se lo puede homologar al de la ciencia.

Para Lacan, la ciencia surge con Descartes, a partir de la renuncia al saber antiguo que, para este filósofo, es “mal adquirido”. Descartes hace de la duda un método para desustancializar al sujeto extrayéndolo de su relación de S_1 con S_2 , produciendo una deposición de saber. Lo que particulariza al nacimiento de la ciencia es un saber fuera de *sentido*, matematizado. En otras palabras: un saber en lo real.

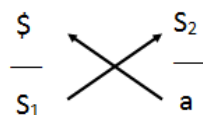
Con el paso a la industrialización -a fines del siglo XVIII-, la invención de la máquina a vapor, el surgimiento del proletariado y de la burguesía industrial es cuando se inaugura el momento en el cual los medios de producción pasan a ser propiedad de los capitalistas. Se inicia una época de florecimiento del sistema capitalista donde el capital y su acumulación es de vital importancia. Dice Lacan(1965) : *El capitalismo, la acumulación del capital es la relación del sujeto cartesiano a ese saber que se afirma allí, que está fundado sobre la acumulación de saber*”(p.81)

Es en el siglo XX donde la ciencia, guiada por el brazo de la técnica, encuentra un lugar privilegiado en lo que atañe a su aplicación sistematizada, incorporando los conocimientos científicos al proceso de producción, creándose el mercado y el mercado de saber. La declinación del discurso amo -el desmoronamiento de la sabiduría- trae como consecuencia el surgimiento del amo moderno y el mercado de *letosas* creado por la ciencia.

Al extraerse al sujeto de su relación de S_1 con S_2 , de ahora en más, nada sabrá de su relación al inconsciente y a la falta. Cuando Lacan presenta en la

Conferencia de Milán al discurso capitalista no lo hace para mostrarnos una permutación más de los cuatro ya enunciados, sino para alertarnos sobre una variación con relación al goce. Tenemos por un lado que la proporción izquierda aparece alterada, el \$ está en el lugar del agente y el S₁ en el lugar de la verdad.

La proporción del lado derecho no sufre alteración alguna. Por otro lado, tenemos que los vectores no se orientan del mismo modo. Se establece una circularidad en forma de bucle con lo cual la doble barra desaparece y lo que tenemos es un intento de cópula entre el sujeto y el objeto.



Esta alteración, respecto de la primera proporción izquierda del discurso amo, implica que el sujeto (\$) al estar en el lugar del consumidor; sometido, comandado por la crueldad de un S₁:

El amo moderno introduce el *derecho al goce* bajo la ilusión del encuentro con el objeto apto para la satisfacción inmediata, a saber: la novedad del objeto *prêt-à-porter*, listo para consumir.

La decadencia del imago paterna producida con la modernidad promueve sujetos divorciados del falo, inmersos en el desvarío del goce sin medida fálica, solitariamente reclusos en concubinato con objetos autísticos de goce.

La toxicomanía, da cuenta de la ruptura del cuerpo con la cosita de hacer *pi-pí*. Tenemos, por lo tanto, una ruptura con el significante fálico que implica el

uso de un goce por fuera del fantasma, por fuera del Otro, por fuera del S2, de los efectos de sentido, de la significación fálica: una elección contra la castración, un no querer saber nada con la existencia del inconsciente. Mauricio Tarrab (1998) señala

Se produce una evacuación de la significación, una manera de mantenerse por fuera del decir. (...) el sin-sentido de la operación toxicómana, de la experiencia de la droga, es esa que no tiene ningún sentido más que el que se deriva del no puedo dejar de hacerlo. (p. 36).

Aquí el tóxico, el objeto droga, copula con la pura insistencia insensata de la cifra -S₁-, con el goce autoerótico que comporta. El rechazo del inconsciente en la toxicomanía lo atestigua: la falta de mediación simbólica permite pensar una modalidad de goce que como señala Miller se puede situar bajo la rúbrica del autoerotismo. No hay formación de síntoma, hay lo que podría denominarse una operación salvaje del síntoma, que da cuenta de una falla simbólica. Nos encontramos frente a una *formación de ruptura* en la que lo que impera –remarco esta palabra-, lo que impera es *S₁-letra-objeto-droga*.

La soledad de este goce autista que conlleva el S₁, marca de goce no articulada al S₂, al Otro, permite vislumbrar al final del camino un único horizonte: la muerte. En el análisis, señala Tarrab (1998):

... hay que obtener que el sujeto dé sentido (...) sentido sexual a su experiencia [esto implica] pasar de la positividad muda de la intoxicación a confrontar al sujeto a la cuestión del deseo (...) Es hacer existir el inconsciente. Es decir que se traduzca en términos

de saber lo que la experiencia realiza como goce (...) Se trata de obtener esa interpretación que es el trabajo mismo del inconsciente. (p. 37)

El hacer con el objeto droga pertenece al dominio de la pulsión de muerte, del estremecimiento del cuerpo con la sustancia, donde no hay comunicación intersubjetiva vehiculizada por el Otro, sino más bien goce, monólogo de la apalabra, punto en el que donde Eso habla, Eso goza; entonces, del hacer al decir ligado a la historización del sujeto, al diálogo, en tanto comporta un sentido a ese goce.

Pasar el Uno del inconsciente de la letra (S_1) a la contabilidad (S_2). Obtener la interpretación que es el trabajo mismo del inconsciente, cito a Miller (2000): “¿Qué podemos hacer de la interpretación cuando se trata de la palabra, cuando es el goce que habla? Ciertamente (...) ¡Interpretar el goce!” (p.74)

Si entre saber y goce lo que reside es el S_1 como letra, litoral, el S_1 como letra de goce también vira a lo literal en tanto que la letra es lo que se lee del significante -lo que se escucha.

Se trataría de posibilitar al sujeto -como dice Eric Laurent- *encontrar el poder de la palabra* -debido al fracaso simbólico implícito en esa operación salvaje del síntoma que involucra al tóxico- y pueda así engancharse nuevamente a los significantes. Esto quiere decir que el sujeto *juegue su partida*, que *apueste* a poner en juego lo que hay en él del Nombre del Padre y el *con lo que cuenta* del semblante fálico; que pueda articular su fantasma en tanto sostiene al deseo como

deseo del Otro y a su vez como aquel que incluye el *hacerse* objeto de un goce transitado por los carriles de la castración.

Nos encontramos en una época donde reina el discurso totalizante, desubjetivante, caracterizado por el aplastamiento de la singularidad del sujeto. Otro de los rasgos del discurso corriente es el de prometer la satisfacción de todos los deseos, rechazando así la castración. Esa promesa establece una condición: el borramiento de la diferencia entre el objeto del deseo y el objeto del consumo. El objeto “a” como plus de goce aparece como bien de consumo.

CAPITULO 3. Posibilidades de tratamiento desde el psicoanálisis en la toxicomanía.

3.1. ¿Que ofrece el psicoanálisis a la clínica de las adicciones?

El adicto busca liberarse de las presiones de la realidad, eludir las demandas, regulaciones y coacciones que el Otro de la cultura le impone en su búsqueda de alcanzar la dicha y escapar a la desgracia; también plantearán que la droga es una construcción subjetiva, donde el peso estará en el lugar y la función que le es dada, en el sentido particular que el sujeto le otorga, lo que representa para el sujeto, pues “la droga que droga no es la sustancia”

El psicoanálisis plantea cuestionar ese estigma del “yo soy toxicómano” que permite encontrar un significante, que al alojar un goce que no ha pasado por la estructura del significante, sin embargo lo nombra” (Unterberger, 1995). Sin embargo “el toxicómano es un personaje, en nada un sujeto, un personaje que por su “hacer” con la droga crea un “yo soy”, un “yo soy toxicómano (Freda, 1995)” que le permite escapar a las obligaciones impuestas por la función fálica. Sólo hay consumidores conforme al sueño del discurso capitalista.

La droga produce un goce autista, que obtura la posibilidad de obtener un saber sobre el porqué alguien elige este camino ante la problemática sexual, que ahorra al sujeto la necesidad de pasar por Otro.

El psicoanálisis entonces ofrece una elección distinta: situarse frente a la castración de un modo distinto que con el goce de la intoxicación. Hasta tanto el objeto droga no sea cuestionado y pase a ser un problema del sujeto, no hay

análisis posible. La oferta primera que hace el psicoanálisis es la construcción de un problema, más que la solución de un cuestionamiento que viene del Otro. Su apuesta es que el sujeto trabaje los significantes que lo determinan, más que imponerle rótulos que provienen del Otro y que solo consiguen mas alienación. Es por eso que la arenga sobre lo nocivo de las drogas genera tanto rechazo unificando al Otro como “careta”, porque no pasa la palabra por quien conviene, sino que sanciona pretendiendo “el bien” a alguien que no lo pide.

Más allá de la denegación efectuada por el uso nocivo de determinada sustancia nadie deja un goce simplemente por enterarse de su toxicidad, sea este un objeto que daña el cuerpo, un partenaire o lo que fuere. Corresponde al psicoanalista estar a la altura del malestar de su época y cuestionar ese falso saber que ofrece el tóxico, para que cada uno invente su propia respuesta.

N. Fabián distingue dos grandes campos terapéuticos: aquellos que apuestan al anonimato y quienes apuestan al nombre propio, y va a argumentar no solo desde lo terapéutico sino también desde la posición ética que implica apuntar al nombre propio.

Diferencia el goce a secas y el goce sexual, tomando como referencia una distinción de Lacan del seminario 19. El goce a secas es el goce en tanto tal, el goce autístico, el del Uno, y es el antecedente de lo que luego Lacan va a plantear en el seminario 20: que finalmente el goce es lo que no sirve para nada, y agrega: la relación del ser parlante con un cuerpo, eso es el goce.

A partir de esta definición del goce a secas, plantea lo que es el goce sexual. Aquí hay que incluir la noción del falo, el falo colorea al goce, dice Lacan. Esta es una idea en un sentido freudiana. Freud dice que a partir de la

castración, el destete es resignificado como una pérdida, pero no antes, es decir que es a partir de la instalación del falo y la castración que eso tiene el color de pérdida. El goce sexual es un goce que está anudado en el campo del fantasma, se inscribe en el campo del Otro.

Freud decía que la pulsión no tiene objeto, y que una de las funciones de la fantasía es aportarle un objeto a la pulsión, y eso implica ya un partenaire. A partir de que el goce se hace goce sexual empieza a haber algo de la singularidad. A esto Miller lo llama nombre de goce. El tiene dos perspectivas sobre esto, en tiempos diferentes. Separa el nombre de goce del nombre propio; aunque en una época no estaban del todo separados.

El Nombre Propio es un acto de palabra, dice Miller. Si pensamos que la nominación es la suposición de que hay un acuerdo entre lo simbólico y lo real para nombrar algo; como no hay tal acuerdo, entonces, hace falta un acto. Cuando se nombra algo, se hace aparecer un vacío, fundamentalmente de sentido. El nombre de goce indica en cambio un modo singular de goce, y de alguna manera taponar esa disyunción entre lo simbólico y lo real.

NOMBRE DE GOCE (suple el vacío)

NOMBRE PROPIO (remarca el vacío)

Si del lado del goce sexual podemos obtener de un sujeto su nombre de goce, entonces tenemos la clínica de lo singular, la clínica del fantasma, la

clínica del inconsciente. Pero cuando un sujeto viene del lado de lo que Lacan llama el goce a secas, que es solo ir hacia la muerte y no más, y de cualquier manera, y donde se barre con todas las singularidades, ahí no hay nombre de goce. Cuando un sujeto entra a una institución y solo importa que sea un alcohólico, se refuerza la práctica misma del toxicómano.

Lo que se ve en la clínica, lo que implica de efecto vivificante para un sujeto, es encontrar su propio nombre de goce. Alguien que reconoce que su goce no es solo el exceso por todo, sino que finalmente tiene un goce repetitivo que no puede abandonar pero que es de algo acotado, esto marca una diferencia a veces entre la vida y la muerte.

La orientación de nuestra clínica es hacer el intento de encontrar en ese goce masivo algo del nombre de goce de un sujeto, lo que implica un cambio radical para él mismo. Es decir, que el sujeto, del encuentro con un Otro, pueda llevarse un saber sobre un goce singular, es una diferencia fundamental para ese sujeto.

Finalmente, en el horizonte, está presente una noción de síntoma: el síntoma es el palo en la rueda, pero sin ese palo en la rueda no somos lo que somos cada uno, es lo más singular que tenemos; si nos lo quitan nos quitan el sufrimiento pero también la singularidad.

3.2. Presentación de caso clínico.

Se elige un caso extraído del libro de *Introducción a la clínica con toxicomanía y alcoholismo II* de Fabián Naparstek (2009), el caso “Don Juna”; la droga como partenaire y como empuje al olvido. El caso se desvía del campo creado por la pérdida de objeto, de das Ding, y personifican a cualquier cosa o elevándola a la categoría de objeto causa o volviendo al objeto causa una cosa. El propio cuerpo deslibidinizado, desprovisto de sus galas narcísicas, cae en la adicción, la cosa es elevada a objeto; estos dos cuerpos: el cuerpo enfermo y doliente y el objeto droga, sea éste en sus múltiples facetas y formas, la más de las veces encubiertas, personifican la cara de resto, de abyecto del objeto a.

El objeto a tiene varias definiciones o facetas, las más conocidas son las siguientes: de objeto causa del deseo, de resto o desecho y la de goce de la vida o aquello que como objeto pulsional sostiene el sentimiento de la vida ligando el principio del placer y el más allá. La drogadicción son formas del goce del Otro, del amo, del superyó ideal. Ambos tienden a la desmezcla pulsional, al dolor, al más allá del principio del placer. Ambos retraen narcísicamente al sujeto apartándolo del interés por el mundo.

La droga deja de sostener el goce de la vida, lo cual conduce a cualquiera de las múltiples formas del suicidio conscientes o inconscientes. La adicción y algunos accidentes son pasajes al acto y la psicósomática es un pasaje al acto del cuerpo que se deserotiza. En todos encontramos una identificación del sujeto a la cara de resto del objeto a, al a cadavérico pues falla el fantasma en sostener el deseo.

En la actualidad, nos encontramos con el padre que tiene tantos nombres como los S1 que vienen a sostener su función. Es la respuesta de la época a la declinación de los semblantes clásicos del Padre que, al desengancharse de la función que sustentan, dejan vacante la representación del modelo de la función.

El Nombre del Padre sostiene desde el exterior la consistencia del campo del Otro. En éste los ideales del yo contribuyen a la contención del goce. El ascenso al cenit del objeto “a” tiene, en tiempos del Otro que no existe, inducido un cambio de los ideales: promueve una ideología del consumo, se otorga un modelo de goce célibe, que genera una ruptura del vínculo social.

Como se ve en el caso “Don Juan”, de Naparstek (2009):

La búsqueda de las drogas como vehículo de sabiduría habría llevado a Juan al precipicio, literalmente. Un día, borracho, luego de haber fumado marihuana e inhalado -una vez más- casi una lata entera de pegamento, decidió salir al balcón para enfrentar de una buena vez la muerte invulnerable. Solo la providencial presencia de un amigo y compañero de travesías evitó que cayera al vacío: la abrazó cuando ya había perdido pie. (p.28)

La finalidad de su consumo, pareciera, es la pura satisfacción de la pulsión de muerte. El goce, inscribiéndose en la modalidad autista del pasaje al acto donde el riesgo de su exceso, es evidente: “lanzarse por el balcón”. Leemos en Naparstek (2009):

Su presencia en la consulta no anunciaba nada alentador. Casi no hablaba, solo lo hacía por compromiso porque entendía la desesperanza de sus padres, y estaba allí frente al analista con la boca abierta y con sus monofrases prearmadas. Era evidente cómo se presentaban las cosas: él era su propio “cocodrilo” y el analista como el paciente sabían que si tenía la chance de hacerlo, el analista habría de oficiar del “palo apaciguador”. No había demasiado tiempo.(p.28)

El sujeto se encuentra sumergido en un goce autista, en una posición cínica. Lo introduce en el pantano mortífero de la pulsión de muerte donde el sujeto puede ser tragado por el mismo. La dimensión de este goce autista lo lleva al sujeto a quedarse petrificado en una posición estática, de manera que le costará acceder al sujeto al goce de la palabra, donde la posibilidad que obtenga es mediante al rechazo de ese goce caótico, La herramienta que el analista le ofrece pasa por cambiar su dimensión, entrando en el goce de la palabra.

La entrada fue la literatura, Castañeda y Las enseñanzas de Don Juan, en verdad su único libro de referencia, libro en el que la droga toma un valor iniciativo al ser introducido por el chamán, Don Juan.

Se localiza el problema: el cortocircuito de goce en el cuerpo que procura al toxicómano la sustancia, estaba en este caso asegurado por un sujeto supuesto saber... gozar. Para Juan todo su consumo era filtrado a través de allí, por la trascendencia que lograría con ese camino. El analista comprendió que ese era también su único

acceso a su intimidad, por ello con extrema paciencia escuchó sus relatos -los que comenzó a soltar algún tiempo después de que se dispuso a escucharlo. (Naparstek,2009, p.28)

Según Miller (2004) “Es el efecto sujeto supuesto saber de todo los días, sin la letra anticipada simple del significante del hecho que ha cosas que están identificadas como significantes y que corresponde a descifrar (...) En la actualidad las enciclopedias están en Internet” (p.16).

En la actualidad nos encontramos con los sujetos a la medida del saber “todo” del tener las respuestas a las necesidades y las satisfacciones de la inmediatez a los placeres. El amo moderno introduce el derecho al goce bajo la ilusión del encuentro con el objeto apto para la satisfacción inmediata, a saber: la novedad del objeto prêt-à-porter, listo para consumir.

Su historia familiar comenzó a entramarse en derredor de Don Juan, como asimismo de sus relaciones con sus amigos y sus desventuras con las mujeres. Este Don Juan moderno, para seguir la lógica de los tiempos, no estaba seguro si no era homosexual y temía tanto a las mujeres que no podía casi acercárseles. Al principio lo había intentado con el alcohol y con la marihuana, algunas veces también con la cocaína. Luego -ya resignado- se retiró al pegamento y al cuasi ostracismo. Ya casi no se veía con sus amigos, no estudiaba, no trabajaba, solo esperaba algo Don Juan; pero cada vez eran menos sus expectativas de alcanzar el viaje que lo redimiera.

Comenzó a traer escritos que denunciaban las dificultades en sus “viajes”: cada vez le iba peor en las inhaladas -su forma de goce preferida- ya que el tormento de sus pensamientos amansaba arrasar su frágil estabilidad psíquica. (Naparstek, 2009, p.29)

Se puede afirmar que *a partir* del S_1 -significante amo- el proceso de la identificación -proceso que no es sin relación al Otro- facilita al sujeto una identidad, un ser de goce. Por otro lado, Miller manifiesta que el *yo soy toxicómano* responde a una identificación bruta al significante S_1 ; podría plantearse: al S_1 que no hace cadena. Por lo tanto, no está fabricada -esta identificación- con los significantes del inconsciente, con los S_2 , con los significantes del Otro: no pasa por la estructura signifiante.

El rechazo del inconsciente en la toxicomanía lo atestigua: la falta de mediación simbólica permite pensar una modalidad de goce que, como señala Miller, se puede situar bajo la rúbrica del autoerotismo.

No hay formación de síntoma, hay lo que podría denominarse una operación salvaje del síntoma, que da cuenta de una falla simbólica. Nos encontramos frente a una formación de ruptura en la que lo que impera –remarco esta palabra-, lo que impera es S_1 -letra-objeto-droga.

Luego de muchas entrevistas surgió para su sorpresa -y del analista- un sueño que permitió localizar un recuerdo. Su madre, mujer rígida y distante, era en el sueño bonita y lo convidaba con marihuana, de pronto entraban dos tipos y la violaban. Todo

sucedía delante de Juan, de su desesperación. Incluso creyó ver a su padre y a sus hermanos mayores llorando en la escena.

Varios años atrás había presenciado una escena en la que su padre, veterano marido de la botella, estaba una vez más alcoholizado. Pero esta vez, a diferencia de todas las otras, no estaba triste ni violento como acostumbraba; y además no estaba la madre de Juan con él, sino que estaba acompañado por dos extrañas mujeres y un hombre. Solo tiempo después, Juan calificó el encuentro como la “fiesta de mi viejo con dos putas y su cafishio” a pesar de que nunca presencio nada. (Naparstek, 2009, p.29)

Nos encontramos con un padre desfallecido es decir que no opera de manera normativizante, más bien es un padre sin ley, la obscenidad a la máxima potencia, lo cual el paciente se encuentra ligado a la declinación de la función paterna, amparada por lo propio de la época, declinación redoblada por un padre que no está a la altura de su función. No obstante sabemos que el Padre nunca está a la altura de su función, es preciso decir que en este caso el sujeto es comandado por el superyó a un sin límite que empuja a gozar.

Solo a partir de entonces comenzó a desanudarse su relación tóxica al goce, intercalándose eslabones simbólicos asociativos que Juan consumía lentamente, substituyéndolos a las sustancias. El analista con su silencio y algunas puntuaciones que siempre

cuestionaban la certeza de goce que quería demostrarle, el analista se había transformado en su chamán.

En verdad, su carrera tóxica había comenzado al poco tiempo de esa escena, la que trastocó para siempre sus relaciones con sus padres: con él, por no entender porqué en su casa había llevado a esa gente tan peligrosa, por qué su padre tan callado, culposo y tímido siempre, reaccionó aquella vez tan vívida... “y estúpidamente”; tal era su lástima que Juan no podía nunca enojarse con él, transformándose en cómplice silencioso de su padre, del cual comenzó a compartir también otro rasgo: la autocompasión.

Pero además fue necesario otro tramo de sesiones para localizar un sueño que había precedido exactamente su pasaje al acto (al que solo en la elaboración onírica a la que denominó “mi intento de suicidio”: él tenía “violentas” relaciones sexuales con una bellísima mujer que se llamaba en el sueño “la bruja”. Ella gozaba sin parar y él con ella. El estaba asustado, pero igual seguía gozando).

Sin querer saber nada más, al día siguiente saltó al vacío, perseguido por una voz que -solo entonces recordó- le decía “matate, ¡si vos no mereces vivir!”. Muy angustiado, pudo precisar que antes de arrojarse le había contando a su amigo, drogado, el sueño que había tenido y aquel le recordó burlándose que “bruja” era el nombre con el que Juan había “bautizado” a su propia

madre. Ya casi en el aire, si bien el “palo de piedra” fue insuficiente, la arriesgada maniobra de su amigo evitó el desenlace mortal -solo pudo gritar “¡papá...papá! (Naparstek, 2009, p.29)

En el análisis, señala Mauricio Tarrab (1998): “hay que obtener que el sujeto dé sentido (...) sentido sexual a su experiencia “pegamento”, pasar de la positividad muda de la intoxicación a confrontar al sujeto a la cuestión del deseo (...) Es hacer existir el inconsciente. Es decir que se traduzca en términos de saber lo que la experiencia realiza como goce (...) Se trata de obtener esa interpretación que es el trabajo mismo del inconsciente”. (p. 77)

El hacer con el objeto droga pertenece al dominio de la pulsión de muerte, del estremecimiento del cuerpo con la sustancia, donde no hay comunicación intersubjetiva vinculada por el Otro, sino más bien goce, monólogo de la apalabra, punto en el que donde Eso habla, Eso goza; entonces, del hacer al decir ligado a la historización del sujeto, al diálogo, en tanto comporta un sentido a ese goce. Leemos en el caso Don Juan, del libro de Naparstek (2009):

A partir de lo alcanzado en este punto, se “despego” la culpa por el goce incestuoso (con la bruja) del tormento del padre del goce (que lo empuja a la muerte). Así Juan fue paulatinamente-perdiendo interés tanto en las drogas -su recurso inefable y místico- como en aquel Don Juan - “su” mito del padre, en nombre del cual autorizaba su consumo-, hasta dejar que los dos cayeran

definitivamente. Fue la caída de esta figura del padre ideal la que conmovió el goce que obtenía con la droga (en especial con el pegamento) al par que deshizo la identificación del sujeto con el rasgo de impotencia -alcohólica- del padre (figura del goce del Otro que, transformada en “padre muerto”, lo empujara al vacío).
(p.30)

El Nombre del Padre es el que articula la interdicción del incesto con la castración, promoviendo al falo como respuesta al deseo de la madre. Es decir, en la metáfora paterna se articulan deseo y ley. No obstante, en este caso el padre desfallecido “padre muerto”, esa operación no contempla los destinos del goce incluido en el deseo de la madre. Sólo delimita la función paterna como la que provee un sentido al goce que parásita al sujeto.

Solo entonces él descubrió las resonancias “sexuales” que habitaban su nombre de goce elegido y se interrogó por lo que era su verdadera preocupación: la relación con las mujeres. Para Juan, a partir de entonces, el análisis se transformo en asunto serio.

El discurso del analista se constituye en el envés del discurso del amo, en la medida en que, en el lugar del agente no opera el padre real como S1 sino (a) como semblante del objeto causa de deseo para tratar, en el acto sostenido por el analista, de incidir sobre lo real del goce.

El encuentro en análisis da cuenta de la función de esta sustancia. Al mismo tiempo, en la medida que va dando testimonio de su sufrimiento, su

malestar se va haciendo inteligible, la droga va perdiendo eficacia y el recurso a la misma se hace innecesario. En tal sentido, me parece ejemplar cómo en éste paciente toma un valor fundamental la puesta en marcha del dispositivo que le permite poner en juego la palabra.

CONCLUSIONES

El uso y abuso de las drogas tiene una historia tan antigua como el hombre mismo. Los Incas, Mayas, Egipcios, Griegos y otros pueblos las han utilizado con fines religiosos, místicos, y como vehículos para predecir el futuro. Dichas culturas han tenido sus propias leyes; valiéndose de las plantas, fueron usuarios de las drogas para reafirmar sus valores culturales.

La perspectiva cambia cuando hablamos de las sociedades capitalistas, ya que la cultura incide en la formación de los síntomas actuales, en tanto está ligada al lenguaje. Por ello incide en el sujeto, mientras declina la función paterna, el capitalismo pone en primer plano el objeto plus de goce: la droga es ese objeto por excelencia. No obstante, la paradoja que encontramos es, que la misma cultura que lo promueve, también lo sanciona y segrega.

Correlativamente, desde principios de siglo, el surgimiento del psicoanálisis aporta una nueva clínica, cuyos conceptos prevalecen aún hoy, y de los que se nutren incluso otras clínicas y psicoterapias.

Aproximadamente veinticinco años después de la Conferencia citada, J. A. Miller, conjuntamente con Eric Laurent, en el Seminario dictado en 1996/97, reexamina la cuestión planteada e incluye una lectura de los acontecimientos producidos en el transcurso de los años, reinterrogando la función del Psicoanálisis respecto de la subjetividad de la época. En principio, Miller parece expresar, en esta oportunidad, que el Psicoanálisis está preocupado, tanto como la Psiquiatría, por lo insostenible del orden social; hecho que nos lleva a la

necesidad de pensar la época, sus problemas y fundamentalmente, sustentar el compromiso ético de producir respuestas que estén a la altura de los acontecimientos. Citamos: "Tenemos la intención de afirmar este año la dimensión social del síntoma. Afirmar lo social en el síntoma. Lo social del síntoma no es contradictorio con la tesis de la inexistencia del Otro. Por el contrario, la inexistencia del Otro implica y explica la promoción del lazo en el vacío hic et nunc."

La tesis freudiana de *El Malestar en la Civilización* expresa que, en el seno de la civilización se produce una tensión entre las exigencias de la cultura y la exigencia de satisfacción pulsional. Podemos concluir con Laurent que cada época define un modo particular de vivir la pulsión.

De modo tal que el síntoma se inscribe en las condiciones de la cultura donde encuentra sus posibilidades y límites, existe una distancia a considerar entre dicha inscripción del síntoma en el discurso de la época y respecto de la singularidad del sujeto.

Miller caracteriza la época, fundamentalmente en dos direcciones. Por un lado definida como la de la inexistencia del Otro, y por el otro lado, por el correlato de una crisis de lo real.

La inexistencia del Otro social implica la caída de la convención simbólica, de los significantes amos que regulan los distintos tratamientos y destinos del goce en la civilización. En estos tiempos el Ideal se presenta a diario en su exigencia, pero sin producir un efecto en la regulación del goce.

La caída del Significante Ideal adosado al Otro consistente conlleva la debilidad del sujeto, vacilante ante un discurso del Otro también vacilante y fragmentado. La sociedad deviene en una sociedad en estado de deliberación, débil a partir de su no enraizamiento en el discurso.

Si el Otro, como lugar donde se articula el punto de capitón, no existe, lo que viene a su lugar es el discurso como principio de lazo social. Lo que viene al lugar del Otro es el discurso en tanto lazo social fundado en el lenguaje. Dado el desfallecimiento del discurso del Otro, se está obligado a deliberar. Esto es lo que Miller llama "práctica de charlatanería", que a diferencia de la "charlatanería analítica" no tiene chance de cernir un real que no vacile más.

La modificación que produce el discurso del capitalismo en la parte izquierda del discurso amo, escribe la caída, pluralización y fragmentación del significante amo y la posición de debilidad del sujeto, inscripto en su propia vacuidad.

A partir de lo cual podemos señalar los diversos modos de reconstituir un Otro consistente en nuestro tiempo: la proliferación de sectas, los llamados religiosos, los fundamentalismos e integristas de todo tipo, y las corporaciones.

Así como la Modernidad está signada por la crisis de saber que introduce Descartes con su Cogito, y que instala las condiciones para el advenimiento de las ciencias; hoy existe una crisis de lo real traducible por el malestar en la civilización contemporánea, que implica que allí donde desfallece la verdad en su estructura de ficción, se impone lo real como aquello que no tiene estructura de ficción. Lo real deviene así una pregunta dibujada sobre un fondo de angustia. Sirviéndonos de una expresión de Lacan, diremos que lo real del discurso de la

ciencia es un real embarazado de sus producciones o "gadgets" mientras que lo real del psicoanálisis es aquello de lo que el inconsciente testimonia.

Miller define una civilización como un sistema de distribución de goce a partir de los semblantes; esto es, un modo común de goce, un reparto sistematizado de medios y maneras de gozar. Aprehendemos en el malestar de la civilización, manifiesto en fenómenos y en los llamados nuevos síntomas, la posibilidad de cernir el real que alojan. Constituye una cuestión del psicoanálisis, ponerlo en contacto con la civilización, con cada civilización tomada también en su singularidad, ya que la tendencia impuesta por la hegemonía científica y capitalista, conocida como "globalidad", se plantea en cierta tensión con lo particular de cada comunidad, propendiendo a su fusión.

La función del toxico en las estructuras clínicas, pueden ser diversas en su uso, sin embargo se puede evidenciar este cortocircuito que opera con el objeto de goce obturando al sujeto, lo que lo pone por fuera del circuito fálico, en el que permite postular una clínica del monosíntoma. Siendo que estas se tienen que analizar caso por caso, ya que su función en un neurótico no podría ser la misma que en un psicótico.

La pregunta que corresponde hacer es acerca de los modos de intervención y respuestas que pueden formularse ante ésta problemática. Existe un ámbito natural a la experiencia psicoanalítica, que implica considerar al sujeto del inconsciente como un sujeto responsable, esto es, que el sujeto pueda responder por sus condiciones de goce, también en esta época, del "Otro que no existe".

Lacan (1977), en *Radiofonía y Televisión*, sostiene que el discurso psicoanalítico puede constituir una salida al discurso del capitalismo, situado en la perspectiva del uno por uno.

También, a partir de una posición ética y de un cierto saber sobre la subjetividad, es posible participar del intercambio y la conversación con otros discursos, a condición de tener en claro la orientación pertinente al psicoanálisis, su especificidad y límites.

Referencias Bibliográficas

Aksenchuk, R. (2008). *Del goce globalizado a la ética de la diferencia. Psikeba*,

Recuperado de www.psykeba.com.ar/articulos/RAtoxicomania-.htm, el 7-08-2001.

Alemán J. (1994). *Discurso Capitalista y Ética del Psicoanálisis. Sujeto, Goce y Modernidad, los fundamentos de la Clínica II*, Buenos Aires: Atuel – TyA.

Brau, J. (1974). *Historia de las drogas*. Barcelona: Editorial Bruguera S.A. Mora la Nueva 2.

Ceinos, Pedro (2006). *Historia Breve de China* (2da edición) Barcelona: Editorial Sílex.

Cegarra, J. (2004). *Metodología de la Investigación Científica y Tecnológica*.

Barcelona: Ediciones Díaz de Santos. Recuperado de www.books.google.com.pe, el 07-08-2011.

Durkheim, E. (1892) “*La familia conyugal*”. Recuperado de <http://www.google.es/>

Escohotado, Antonio. (1996)... *Historia Elemental de las Drogas*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Escohotado, Antonio. (2002) *Historia General de las Drogas*. Madrid: Editorial

Espasa Calbe S.A.

Freda, H “El Otro que no existe y sus comités de ética” en “El psicoanálisis aplicado a las toxicomanías”. Ed. T y A.

Freud, Sigmund. (1968). *El malestar en la cultura. Obras Completas*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva. Vol.III.

Freud, Sigmund (1996) *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad Obras Completas*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva vol. II

Freud, Sigmund (1991) *Tótem y Tabú*. Buenos Aires: Amorrortu Editores

Freud, Sigmund (1996) *Totem y tabu. Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva. Vol. II

Homero, (1970) *La Odisea*. Buenos Aires: Kapelusz...

Lacan, Jaques. (1963) *Seminario de Jacques Lacan. Libro X: La angustia*, Buenos Aires: Paidós, 2006

Lacan, Jaques. (1969-1970): *El Reverso del Psicoanálisis. Seminario XVII (p.35)* (2da reimpresión) Buenos Aires: Editorial Paidós. Pág. 35.

Lacan, Jaques. (1975). *La Familia*. Rosario: Editorial Axis.

Lacan, Jaques (1993), *Psicoanálisis Radiofonía & Televisión*, (3ra edición) Barcelona: .Editorial Anagrama.

Lacan J. (1999): “*El mito individual del neurótico, Intervenciones y texto 1*”.

Buenos Aires: Manantial.

Lacan, Jaques. (2005), “*El Despertar de la Primavera*” en *Intervenciones y*

Textos 2, Buenos Aires: Manantial.

Lacan, Jaques. (2007) *Introducción a Los Nombres del Padre. De los Nombres*

del Padre, Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, Jaques (2009). *Seminario 23I El Sinthome*. Buenos Aires: Editorial Paidós

Lacan, Jaques (2009). *El seminario 14. La lógica del Fantasma*. (1a edición.).

Buenos Aires: Paidós.

Lacan J. (2009). *Seminario 16, De un otro al Otro, Clase 1*, Buenos Aires:

Editorial Paidós.

Lacan, J. (2009). *El Seminario 20, Aun, Clase 2*, Buenos Aires: Editorial Paidós.

Laurent, E. (2004) *Ciudades analíticas*” Buenos Aires: Editorial Tres Haches.

Laurent, E.(1994) *Tres Observaciones sobre la toxicomanía (Sujeto, goce y*

modernidad) Buenos Aires: Ed. ATuel.

Materazzi, M.A. (1992) *Drogodependencia. Revista Argentina de Psiquiatría X,*

Volumen III N° 10, Vertex, 267-269.

Miller, Jacques-Alain. (1998) *Los signos del goce*. Buenos Aires: Editorial

Paidós.

Miller, Jacques-Alain (2000). *El lenguaje, aparato del goce*. Buenos Aires:

Editorial Diva.

Miller, Jacques-Alain. (2004) *Los usos del lapso*. Buenos Aires: Editorial Paidós

Naparstek, Fabián. (2009). *Introducción a la clínica con toxicomanías y*

alcoholismo, (2da edición). Buenos Aires: Grama Ediciones.

Naparstek, Fabián. (2008). *La Droga en la Cultura de hoy y de ayer*.

Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo. (2da edición)

Buenos Aires: Grama Ediciones.

Organización Mundial de la Salud (1994). *Lexicon of Alcohol and Drug Terms*.

Recuperado de http://www.who.int/substance_abuse/terminology/

[lexicon_alcohol_drugs_spanish.pdf](#), el 08-10-2011.

Portillo, Ronald (2005), *La declinación del ideal, la exigencia de goce*.

Recuperado de <http://caibco.uvc.ve/vitae/VitaeVeinticuatro/>

[AVPSI/Archivos PDF / Portillo.pdf](#), el 07-03-2011.

Real Academia Española (2001), *Diccionario de la lengua española* (22ª ed.).

Recuperado de <http://www.rae.es/rae.html>, el 03-09-2011.

- Rodiles S J. (1999). *El Genoma Espiritual. En Adicción y Religión*. Recuperado de: http://www.galian-rodiles.net/ADICCION_RELIGION.html. el 08-10-2011.
- Sinatra, Ernesto. (2000). *Ideales del fin de siglo. Phármakon* 8,15. La Paz: Plural Editores.
- Tarrab, M. (1998) *Una experiencia vacía. Phármakon* 6/7. La Paz: Plural Editores.
- Tarrab, Mauricio. (2000), *Las salidas de la toxicomanía. Más allá de las drogas- Estudios Psicoanalíticos*. La Paz: Editorial Plural.
- Unterberger, M (1995). *Estatuto del "yo soy" en la toxicomanía y el alcoholismo en Sujeto, goce y modernidad III*. Buenos Aires: Atuel- T y A.
- Vertex Revista Argentina de Psiquiatría* (1992) Volumen III N° 10, 267.
- Zafiropoulos, Marcos. (2002) *Lacan y las ciencias sociales, La declinación del padre*. Buenos Aires: Nueva Visión.